
Scriptorium

PEQUEÑO LIBRO DE VIAJES

Rafael Cuevas Molina



La idea de viajar me provoca náuseas... para viajar basta con existir. Voy de día en día, como de estación en estación, en el tren de mi cuerpo, o de mi destino, asomado a mis calles y a las plazas, a los gestos y a los rostros, siempre iguales y siempre diferentes como, al final, lo son todos los paisajes... Si imagino, veo ¿qué más hago si viajo? Sólo la debilidad extrema de la imaginación justifica que haya que desplazarse para sentir... La vida es lo que hacemos de ella, los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos. Nunca desembarcamos de nosotros. Nunca llegamos a otro sino oteándonos mediante la imaginación sensible de nosotros mismos. Los verdaderos paisajes son los que nosotros mismos creamos, porque así, siendo dioses de ellos, los vemos como verdaderamente son, que es como han sido creados... ¿Qué puede darme la China que mi alma no me haya dado ya? Y si mi alma no me lo puede dar, ¿cómo me lo dará la China, si es con mi alma como veré la China, si la veo? Podré ir a buscar riqueza al Oriente, pero no riqueza de alma, porque la riqueza de mi alma soy yo, y estoy donde estoy, sin Oriente o con él

Fernando Pessoa, *El libro del desasosiego*



Donde sea que estemos, el gran espectáculo sigue siendo el reto de ser lo que radicalmente sentimos que debemos ser. Trasladarse es la fatiga de pretender no estar en lo que somos. Y, para colmo, es un acto inútil; pues por más que no queramos, siempre estamos con lo que somos. En cualquier parte.

Rodolfo M. Fattoruso, *Turismo metafísico*

SOY LA VOZ QUE CANTA Y QUE RELATA

Soy tu memoria, el que guarda el registro de tus pasos; quien

habla y selecciona lo importante de lo que has hecho; quien discrimina y expone. Has sido la protagonista, la viajera, la que se ha movido por el mundo; yo soy quien cuenta y canta, quien extiende ante los demás la relación que te trasciende. Yo te construyo, te hago de nuevo, te invento; los demás sabrán lo que yo diga y relate. Te daré un nombre, una faz, una identidad que te una y te diferencie de los otros. Mi relato te dará un lugar en el mundo, te identificará y será tu marca, tu sello distintivo, el estigma que te caracterice. Tus apelativos serán viajera, extranjera o inmigrante. Tus nombres se referirán a la condición que yo privilegie en estas líneas, la que releve mi mirada, la que destaque mi discurso.

En vos deposito mis deseos, proyecto mis sueños, reivindico mis fracasos. Yo el estático, el sedentario, el inmóvil; el dueño del espacio que atravesás o te recibe a la hora del descanso; el conocedor de las raíces y el nombre de los antepasados; el cantor del traslado, el narrador de la vida trashumante; colector de peripecias y peregrinaciones. Acomodado en mi destino de escriba y juglar rememoro y difundo tu destino de constante movimiento. Mi voz es la resonancia de tus viajes, la que da a conocer los corredores y los senderos de tu tránsito, la que describe los paisajes de los que hablás a tu retorno.

He aquí tu memoria, la relación de tu vida. Ese es mi orgullo y satisfacción: mi sino; la razón para que también yo pase a ocupar un lugar en el recuerdo de los hombres.

Consciente de tu naturaleza errática erijo un monumento que estabiliza tu figura. Este será tu ancla, tu amarre a un punto en la superficie redonda de la Tierra. Esta relación, este discurrir de mis palabras, este flujo mío que te nombra es el peso que permite fijarte para verte. Monumento de sonidos, estatua de letras, obelisco de frases en un pequeño universo ciego ante las páginas impresas. Vos, fugaz y en movimiento; yo, erigiéndote homenajes con materiales perecibles, incomprensibles a muchos ojos. No quedarán rastros perdurables de nosotros a pesar de los esfuerzos; mi voz se perderá a pesar del eco momentáneo; mis palabras fluirán hacia el olvido y quedaremos sepultados en el tercer planeta. Nuestro destino final es el silencio. Mientras llega ese momento yo cantaré tus viajes, describiré tus trayectorias, indicaré las rutas transitadas. Lanzo mis palabras al viento con la esperanza que se escuchen. Viajeras ellas también, movedizas, inaprensibles, volátiles. Su destino es los ojos del que lee, el pabellón de la oreja del que escucha. A cada una va atado mi mensaje, la apelación que hago a que se entienda lo que cuento. En ellas deposito la voluntad que tengo de hacer conocer tu itinerario, tu naturaleza movediza, tu destino escurridizo.

PRIMERO CANTARÉ AL LUGAR DE LAS CERTEZAS

Hace tanto que sos extranjera que perdiste la noción de las

cosas indiscutiblemente naturales. Viviste, como todos, en el lugar de las certezas, sin tener que descifrar a cada paso signos e inscripciones. Tras cada rincón del lugar donde habitabas había una historia ya escuchada, en cada recodo un paisaje ya visto, en las esquinas alguien conocido te esperaba. Repetías ritos, oías lo que ya otros habían escuchado, recorrías caminos que otros habían recorrido. Conocías los accidentes de la ruta, los lugares peligrosos, los sitios en donde no se podía andar de noche, en donde era posible descansar, tomar un sorbo de agua, el paraje en donde salían a ladrar los perros. Compartías ideas sobre el mundo, sobre lo bueno, lo malo, lo hermoso y lo importante.

Hace tiempo que dejaste ese lugar de las certezas. Partiste por primera vez siendo llevada, sin voluntad propia, dándote cuenta apenas de lo que te estaba sucediendo. Volviste y partiste de nuevo varias veces, cada vez más lejos, durante más tiempo, a lugares más distintos. Siempre partir fue una aventura, un reto, un horizonte de alegría. Nadie te predijo una vida errante, no hubo presagios (pues no los hay para estos menesteres) que después serías extranjera, es decir alguien que comparte sólo parcialmente con los otros. Al partir extrañaste cosas en las que nunca antes habías reparado.

Saliste a buscar sin saber a ciencia cierta lo que era, en dónde estaba, para qué lo necesitabas. Te guió la angustia; te impulsaba, te

dirigía, te alejaba de lo que después sabrías que era tu sitio, tu cubil, el espacio cuyas esquinas habías orinado. Oteabas el horizonte y tu vecindad se hacía estrecha, opaca, aburrida, chata. Sentías que el mundo estaba afuera, más allá de las fronteras, al otro lado del mar, después de correr y recorrer caminos, de subir y bajar las cordilleras, de pasar fronteras, aduanas y retenes. Así se lo hiciste saber a todos los que estaban cerca, que para vos todo era provisorio, endeble, para mientras.

Estabas condenada a no estar nunca satisfecha, a que tuvieras que buscar las cosas fuera, a ubicarte en lugares apartados, lejanos, invisibles desde el lugar en donde entonces te encontrabas. Más tarde, con los años, pasado el tiempo, recorrida ya buena parte de los sitios de los que entonces solamente sospechabas, supiste que las cosas que buscabas estaban dentro tuyo, cercanas, escondidas atrás del corazón (por cierto), del hígado o al lado, por ejemplo, de la voluta frontal tercera del cerebro. Mientras no sabías nada de eso sólo sentías crecer el ansia de no estar en donde estabas, por romper con lo que sentías que eran tus cadenas, con apartarte de esos sitios en donde no eras capaz de armar proyectos.

Dormías poco, estabas siempre en movimiento, tratando de captarlo y entenderlo todo, de abarcar lo más posible. De ese tiempo te hubiera gustado guardar el afán no mitigado, la terrible comezón por aprender, la sensación de que el mundo te ofrecía siempre cosas nuevas. Y la confianza, eso sí que hubieras querido mantener en tu bagaje, la confianza en los demás que te era plena, inapelable, profunda, inabarcable.

Todo lo fuiste dejando en el camino hasta que te viste despojada. Liviana como un globo, llena de aire, zarandeada por el viento quisiste retornar, recuperar las cosas que antes creíste que eran impedimentos para el viaje, obstáculos en tu vida. Fue cuando iniciaste

el viaje a las raíces, la búsqueda más profunda, el movimiento perpetuo de traslado a las heras que habían quedado en el olvido. El viaje de retorno resultó más largo, arduo y escabroso que el que habías recorrido cuando estabas marchando hacia adelante; por más que buscaraste en distintas direcciones nunca aparecía la Tierra Prometida; y cuando por fin la atisbaste en la distancia (apenas insinuada en brumosa e inestable línea de horizonte) no fue más que un espejismo, o una parte (una esquina desmembrada o un rincón abandonado) que había quedado al garete en el camino.

Pero todo eso sucedió más tarde, cuando te diste cuenta de lo que habías ido perdiendo con el tiempo. Mientras tanto avanzaste con las velas izadas y viento en popa, con todas las banderas flotando al tope del mástil mayor de tu velero que se deslizó raudo sobre la cresta de las olas espumantes de la vida.



VIDA EN EL PUENTE

Saliste a saciar la sed que te alteraba, que no dejaba que descan-

saran tus neuronas, la comezón sin tregua que no permitía que vieras las cosas que tenías a tu lado. Si la vida te hubiera permitido viajar después en retroceso, volver a tomar las decisiones ¿qué harías o qué no harías? ¿qué preservarías de ese entonces? Nada de eso pensaste que alguna vez podrías preguntarlo, sólo veías el horizonte desde un muelle o veías batir las olas en la playa. Tu punto de vista era el del puente: a uno y otro lado se extendía el agua, brillante con el sol del mediodía, coloreada cuando ya se iba poniendo. Ambos lados podían elegirse aunque ustedes (tu estirpe, tus vecinos) siempre vieron privilegiadamente hacia Occidente, al lugar desde donde antes los penetraron fuerte, desde donde accedieron a las palabras con la que ahora hablás, desde donde llegó la forma de pensar con la que ahora construyo la relación del viaje tuyo.

Vivías en un puente, en un lugar donde la gente pasa, donde todo es transitorio, donde nadie se queda de verdad por mucho tiempo si no es para mirar hacia los lados, hacia el lugar en donde se extiende el agua. Todo pasajero siempre: llegando, marchándose, todo precariamente establecido, todo pegado con alfileres a los árboles (a las ceibas, a los conacastes, a los matiliguates, a cuya sombra te amparaste de pequeña), todas las continuidades rotas, todos los cursos cortados, todos los caminos sin salida, todas las memorias quebradas. Todo lo humano establecido para mientras en medio de ese puente del que venís y que aún se está formando, a pesar de los

millones de años que lleva emergiendo del lecho tropical donde se asienta. Cómo no iba a ser precaria, entonces, tu estancia en ese lugar en donde todo cambia, aún los montes, la geografía, en donde no hay nada que sea estable, algo que sea relativamente permanente, en donde haya esfuerzos sostenidos. Cómo habrías de ser distinta allí donde la pudrición alcanza su máxima expresión sobre la Tierra, donde todo tumefacta, se apolilla, se carcome y desaparece como si nunca hubiera estado jamás sobre la tierra, donde la memoria es corta y el olvido barre con rastros endebles, borra del recuerdo como si ella también fuera una hoja que cae y se pudre entre la jungla.

Hay (en el lugar donde estuviste en los primeros años de tu vida) un vaho caliente que emerge de la selva después que ha llovido, una pestilencia que proviene de las cloacas mal cerradas (o rotas) de las precarias ciudades-campamento, una niebla que baja de los conos eruptantes siempre activos, hay algo que veda la visión, que opaca la vista, que no permite que se vean con claridad las cosas. Es un tránsito estar en ese lugar que no retiene sino arroja, que expulsa y lanza a todos hacia afuera como regurgitando lo que intentó tragar sin conseguirlo. Inestable lugar, precaria estancia la de ustedes, desangrante destino para el que quiera tener un sitio donde estar para siempre en este mundo.

A quién habría de extrañar, entonces, que tuvieras la vocación del vuelo, de la partida permanente, de la insatisfacción constante. Vuelos los ojos hacia ciertos sitios de la selva se ven ciudades que en su tiempo también quedaron solas, abandonadas a pesar de que en ellas estaban las piedras labradas por los padres que retenían (guardándola) la memoria y los recuerdos de lo que habían sido. El abandono ronda en esa tierra desde los más remotos tiempos; desde entonces, los pueblos fueron dejando las cosas regadas, dispersas, perdidas, escondidas, sin preocuparse por el esfuerzo acumulado. Hoy, por todas partes se ven sitios destruidos, y sobre ellos la tierra

que se ceba: paredes cuarteadas, viejas cerámicas opacas por el tiempo, porcelanas con arabescos indescifrables; muros invadidos por la selva es lo que les fue quedando. También de ahí fueron expulsados, también en esos sitios estuvieron sólo por un tiempo, acampando para mientras en ese puente rocoso en el que se escucha en sus orillas batir los dos océanos, lleno de selvas pudridoras, azotado por los zarandeos de la tierra. Como en una balsa a la deriva navegaron, moviéndose siempre, ahogándose por el desbordamiento del mar en las orillas, por el desmadre de los ríos que bajan de las sierras, muriendo aplastados por las piedras que arrastra el agua de las quebradas en invierno.

Sos del reino de la precariedad, del lugar en donde todo se borra con el tiempo (de la faz de la tierra y la memoria); por eso, que partieras no le fue extraño a nadie, ni que hicieras del movimiento y el traslado, del viaje permanente tu forma de ser y de estar viva.

Inestable y precaria fuiste desde entonces, marcada en tu naturaleza y tu estructura para siempre. Yo te reconozco en esas huellas que te definen y perfilan identificándote, diferenciándote entre todos y separándote hacia el margen, hacia la orilla, que es el lugar desde donde observás socarrona y distante, sin sentirte nunca parte del todo porque estás de paso (migrante eterna), a punto de irte, siempre levantando el vuelo. Desde tu postura observadora de vigía atenta rondás los grupos y los gremios, los entrelazamientos amistosos que se aglutinan y compactan armándose para levantarse y acuerparse mutuamente, prodigándose cuidados especiales para ello. Ajena a estos avatares, distante, excluida por tu voluntad de paso, desamarrada de las obligaciones, liberada de la reverencia mutua ves a veces con nostalgia el cobijo que brindan esos entreveros en los que se acuerpan y respaldan hombres y mujeres.


En el lugar de la precariedad estuvieron, sin embargo, tus años ciertos, aquellos que se pueden reclamar como anteriores al estado de extranjería de ahora. Venís del lugar en donde se levantan las nubes de polvo a fin de año, en donde se mea en las esquinas y los rincones semiocultos, en donde se puede escupir sin tapujos en medio de la calle. Y también venís de la noche ciega. A dentelladas, por años, como perros adiestrados lanzados al acoso estuvieron ustedes engarzados en una lucha silenciosa de la que casi nadie tenía noticia. Quién hubiera dicho al verlos tan pequeños, tan endebletes de estatura, tan aparentemente dulces de carácter, que de vuestras manos partirían los degüellos, los empalamientos, los cercenamientos de los miembros, que depositarían a los muertos desorbitados en largas fosas preparadas especialmente, que arrancarían uñas, mutilarían los pezones, sacarían del vientre de las madres a los niños que venían en camino. Fuera de quicio, totalmente obnubilados por el odio, trenzados en la más furibunda e ignorada lucha estuvieron jadeando durante años (decenas de ellos), sudando en la batalla, acezando sin poder contenerse, sin darse cuenta que se estaban mutilando, que se estaban quitando mutuamente lo mejor de ustedes mismos. Esa batalla campal sin vencedores ni vencidos, sin beneficiario alguno y sin ninguna tregua expulsó a muchos, los mandó fuera, los alejó (a algunos para siempre).

Estrecho puente enfebrecido, pequeño espacio en donde campeó la muerte, en donde se pudrieron prematuramente los huesos de los niños perseguidos por pequeños Herodes achinados, hirsutos, de manos y pies como de niño. Allí se encuentra, sin embargo, en medio de la mierda, el nido, el espacio primigenio, el tiempo del resguardo. No puedo sino sentir compasión (y dolor) cuando te veo sumida en esa situación contradictoria, tan sin sentido: el lugar de lo seguro en ese ámbito inconcluso, aberrante, estrecho, acosado por el sol, el mar, las mareas, los ríos y los hombres: el lugar que más amás, el sitio en donde yacen tus verdades primigenias, en donde están tus prime-

ras (y tal vez únicas) certezas, es un lugar desguarnecido, expuesto a un frío ventarrón que hiela y petrifica, que obliga a partir para encontrar abrigo en otra parte (un sitio menos expuesto, menos raspado por el viento).

Te veo expulsada, botada, rechazada, errante (buscadora del lugar de origen, del paraíso perdido), sin ataduras que te tengan entre fronteras o paisajes siempre iguales. Liviana de anclajes volás y sólo volvés al lugar en donde renovás las fuerzas para seguir planeando, buscando, escarbando. Nadie sabe que tu expulsión del lugar de las certezas te alivió de pesos, de ataduras, de lastres con los que era imposible alzar el vuelo e irse, alejarse y no volver. Ahora como ave podés (liviana) desplazarte rauda por el cielo hasta perderte de la vista de los que, como yo, no encuentran la forma de elevarse.

Scriptorium



BUSCÁS UN PUERTO CON JARDINES

Fuera de ahí has sido una extranjera, alguien, por cierto, en

quien sólo se confía a medias. Lo que digás será visto siempre como entrometimiento, como salida de tono. Fuera de ahí has estado siempre de viaje buscando el puerto, el lugar del recale, del calafateo, la dársena que te saque de las olas y te lleve a lugar seco, a buen recaudo. Desde ahí, desde esa tranquilidad podrías ver el malecón, la rampa, el paseo que bordea la costa en las ciudades marítimas; podrías contemplar sus estatuas, sus monumentos, los edificios construidos para el solaz y gozar del salitre que el aire ventoso de las costas arroja sobre el rostro. Te gustaría descansar en un puerto con jardines de parques limpios y arbolados, como los que viste alguna vez en una tarde de verano a orillas del Danubio, cerca del mar que comunica con el Mármara (y desemboca en el Bósforo), el estrecho por donde pasan las naves bajo un puente de hierro haciendo sonar sus sirenas como forma de saludo a los que están anclados en la tierra, echando raíces irremisiblemente.

Ese lugar existe, lo has visto, caminaste por sus calles una tarde de domingo después de bajar de un barco que te llevaba por el río y te dejó sólo unas horas para recorrerlo todo. Era un lugar pobre, de gente de trabajo, vestidas con trajes desteñidos, zapatos maltratados, viejos y sucios por el barro que recogían en las calles por donde transitaban. Ellos construyeron un lugar de parques y arboledas, de paseos sosegados bordeados de estatuas heredadas y de fuentes que refrescaban en el bochorno del verano. En los bulevares circundantes

se erigían casas que hacían olvidar las distancias, las ajenidades a las que siempre has estado acostumbrada; sobresalían los tejados por sobre los árboles que sombreaban las calles y en los jardines del frente de cada una de ellas crecían los gladiolos, flores que encontraste en las más remotas latitudes del planeta.

Las que viajaban con vos esa tarde en la que desembarcaste en las costas fangosas de la ciudad de la que hablo ya no se acuerdan de ella, la han olvidado puesto que nunca la registraron ni la vieron realmente. Los viste morir de aburrimiento en medio del estío apenas disipado por el viento que venía de la estepa; alguna vez, muchos años más tarde, intentaste conversar con ellos de ese día pero ninguno supo a qué te estabas refiriendo. Y volvés siempre pero sólo en sueños, para no perder nada de la frescura que aún guardás de esa tarde, sabedora que si retornás de veras algún día nada estará ya en su sitio, se habrán caído las estatuas y las fuentes estarán carcomidas por el óxido. Por eso preferís habitar la ciudad que has construido, a la que has retocado las grietas, limpiado sus veredas, suavizado el trato de sus gentes, ordenado el tránsito caótico, eliminado el olor tumefacto de sus cloacas. Allí habitás con nostalgia y alegría y querés a todos los que en ella moran, tenés un lugar en el que te sentís valorada, un espacio silente y ordenado.

Desde el buque anclado en el muelle divisás la ciudad entre la bruma de la tarde de verano y oís a lo lejos los sonidos del domingo (las risas de los niños, los gritos de los gitanos y los griegos), el rumor del agua que pega contra el casco y el bamboleo de las algas entre el agua. Sé que ansiás un rincón distante y silencioso, una esquina perdida del mundo a donde no lleguen más que los que decidás vos misma, un sitio enclavado a la orilla del río que hoy no ves, en donde sopla la brisa del verano pasajero o donde alumbre el sol del otoño entre los árboles.

Tu puerto es un escondite, una guarida apartada que guardás intacta en el pecho, que defendés del embate atropellado de los días. En medio del griterío y la alharaca, del zumbido de las máquinas, de la ansiedad de los que quieren ascender a toda costa está el oasis que encontraste sin querer en el recodo de un río.

Tu puerto es una ciudad sumergida. Ahora sabés que hay ciudades sumergidas y clandestinas que te esperan en cualquier esquina del mundo circundante (en un remanso, en la hondonada perdida de una sierra). Sus cúpulas se divisan a lo lejos, se ven los tejados sobresalir entre el follaje y el viento cálido trae los sonidos desde lejos. Y vos llegás asustada, desprevenida, sin sospechar lo que te espera y luego te quedás perdida en sus avenidas, entusiasmada con los bulevares, absorta ante los escaparates que ofrecen productos de provincia (adornos ordinarios, vestidos de gasa y muselina, tafetanes broquelados), con las pequeñas tiendas que regalan almanaques que estampan los nombres de los santos bajo los días del año.

Antes de partir no sospechabas a dónde llegarías. Un albur debía marcar la marcha, lo imprevisible guiar los pasos que fueras dando en el camino. Sólo así podías construir el viaje, el recorrido, la ruta que te llevaba al lugar que no buscabas. Los caminos marcados, las vías ya establecidas, los itinerarios fabricados ocultaban las ciudades clandestinas, los oasis en medio del desierto, ignoraban los recodos más interesantes del camino. En los itinerarios armados, estudiados, ofrecidos de antemano, las urbes eran todas reales y existentes, construidas para pasar y no quedarse, para que las recorrieras de ocho y media a diez de la mañana, utilizando sólo las veredas sombreadas del lado derecho de la calle. Has visto turbas de ancianos lentos y cansados ser llevados por esas ciudades conocidas. Sentados en el borde de una antigua fuente bizantina, en una escalinata, al pie de las estatuas se secaban el sudor, bebían agua. Sus ojos delataban el cansancio, la rutina, el peso que significaba para ellos recorrer la ruta que les

habían destinado; pero sobre todo se podía ver la ausencia de las ciudades sumergidas, la falta de sus rincones construidos especialmente para anclarte, puestos allí para atraparte, erigidos pensando en que tal vez algún día llegarías. Ellos (esos amontonamientos de gente arreada por las calles de las ciudades conocidas), denotaban en sus ojos la ausencia de los pequeños señuelos que sólo tienen las ciudades clandestinas, las que no se encuentran en los mapas coloridos de los quioscos.

Has visitado esas ciudades perdidas y después pasaste horas conversando sobre ellas; las viste a veces de pasada, desde la ventanilla de un tren en movimiento o cruzándolas velozmente sin poder detener el autobús en que viajabas. Otras veces te has podido quedar por algún tiempo, recorrerlas, verlas y palparlas sin saber siquiera que esa era una ciudad perdida. Muchas veces te encontraste con lugares insulsos, aparentemente intrascendentes que parecían incapaces de dejar huella en la memoria, imposibilitados de marcarte de alguna forma con su huella. Una vez que te marchaste, sin embargo, habiendo quedado a tus espaldas, atrás en el tiempo, crecieron los detalles de sus puertas, de los alféizares labrados en la piedra o los ambientes creados en sus plazas, en las paradas de los autobuses o en el cordón de la vereda. Encontraste y perdiste ciudades sumergidas, las construiste después de visitadas, una vez abandonadas y dejadas a la mano de aquellos que la habitan (que no saben, además, el valor del lugar en donde moran); son ellos los que se quedan encargados de llevarlas por los rumbos que después no deberás recorrer de nuevo so pena de desvirtuarlas y destruirlas. Por eso, estas ciudades son exclusivamente tuyas, difíciles de compartir con alguien, construidas especial y largamente, por años, para que llegués y las habités, las vivás y las llevés contigo para siempre. Son grandes espacios transportables, móviles, portátiles, que sin empaque y sin intención alguna llevás para siempre.

Te compadecés de aquellos que no llevan en su corazón una de estas ciudades. Ellos ignoran la parte de la vida que tienen mutilada, los sitios del alma que nunca les han florecido, lo que se han perdido sus ojos, lo que no ha sentido su olfato ni conoce su tacto. De mañana al levantarse no son capaces de extrañar lo imperceptible, de olfatear un olor que se escapa y no se aprehende.

Habitante pasajera (pájaro migrante: pato, golondrina, garza), ciudadana temporal, itinerante permanente que pasa de largo tocando apenas los suburbios, que ve desde lejos los trazos enredados de las calles que suben o que bajan, que tuercen o se alejan. Las ciudades transparentes que en contraste permiten ver, a través suyo, el paisaje que se extiende a sus espaldas, las campiñas florecidas, los hatos que pastan en los campos, los racimos de frutas que penden de las ramas de las plantas, las líneas de la mano que tenés entre la tuyas. Ellas son el prisma que concentra y evidencia el arcoíris del esfuerzo humano. A través suyo te habla el deseo de no irte nunca, de construir rincones para siempre, de aplacarte e iniciar el trillo cotidiano del nido al río, a la plaza, al café, al bar, a la puerta del amigo. Piedra sobre piedra, ladrillo junto a ladrillo levantás los muros que creés que detendrán al olvido y a la muerte. Vivís escondida en pequeños habitáculos de las ciudades sumergidas: creés que hasta ahí no llega el viento, que es un lugar a salvo de la peste, de la tiña, de la cólera o del odio.

LA OSCURIDAD EN LAS CIUDADES

Hay lugares en estas ciudades clandestinas, ignoradas, construidas para uno solo, donde pululan por doquier seres extraños, en donde sobreviven clanes enteros destruidos por las guerras, por las revoluciones, por la furia de la tierra, arrastrando sus pendones, sus títulos nobiliarios por los rincones en penumbra de hangares larguísimos. Apenas cobijados con los jirones de sus antiguos lujos recorren los andenes de las estaciones ofreciendo flores, saludos, besos de bienvenida, despedidas plañideras. De sus manos sin callos cuelgan trapos nauseabundos, viejos pañuelos bordados con letras que inician el nombre de alguien por ellos conocido, tal vez el suyo ya olvidado o el de un amante, un hermano, el de alguien a quien han perdido. Solos, indefensos, débiles, enajenados del mundo que no repara en ellos, se mueven lentamente como buscando algo, escudriñando las huellas que los otros dejan sobre el piso de mármol de los vestíbulos inmensos, altísimos, en donde penden las luces de neón que iluminan todo blancamente como en una carnicería. Comparten con las palomas el alpiste, con los gatos los restos que sacan de los tarros de basura, con los perros la salchichas mordisqueadas. Igual que vos (producto marginal de una hecatombe), están en las orillas de la nada, en el filo del abismo, en un lugar oscuro que no se puede iluminar a pesar de los esfuerzos. Hermanada con su suerte compartiste con ellos

el cobijo de los techos de hierro, los rincones sin viento, los lavabos colectivos con máquinas para condones en la entrada. Y tuviste la certeza, al verlos y estar con ellos, que algún día los encontrarían duros, arrebuados en el abrigo con el que conocieron al Emperador Maximiliano, apretando en la mano el bolso donde guardan un menudro mohoso, una llave sin puerta, una collar sin garganta en donde colocarse, el frasco de un perfume hace mucho evaporado. Sabés que las columnas de hierro de los hangares seguirán impertérritas, incólumes, enhiestas, frías, ignorantes totalmente del muerto que yacerá en las entrañas que sostienen: las escaleras no lo extrañarán y las bancas no resentirán su ausencia; los trenes llegarán y partirán y continuarán vociferando los parlantes cuyas voces se expanden con el eco.

Con dolor comprobás que hay ciudades que no tienen un corazón que pulse, ni resuello que delate respiración alguna. Sus torres (góticas, neoclásicas, barrocas, románicas) se yerguen de espaldas al dolor del hombre, a sus pequeñas ilusiones y a sus mezquinas ambiciones. Han sido hechas para trascenderlo, para ir más allá de sus necesidades, de su primigenio deseo de protección y cobijo. Hieráticas, distantes, pétreas, grises, ahumadas por los trenes, por las barcazas que navegan por los ríos, por los autos que rugen en el interior de sus entrañas, se descascaran firmes en su estampa sin dar pábulo al desconsuelo o al dolor con los que se ve morir a las ciudades viejas.

Ellas te sobrevivirán, estarán ahí (transmutadas, envejecidas, diferentes) cuando no quede el menor rastro de tus pasos, cuando nadie recuerde ni aún remotamente tu mirada, y los árboles plantados por tus manos se hayan marchitado. Tal vez por su indiferencia es que se transforman en ciudades sumergidas, tal vez por su cielo gris, desamparado, o por el viento frío que choca contra sus paredes en invierno, cuando en sus calles, que se quedan desoladas, sólo se ven los

papeles flotando por el aire. Tal vez el corazón les hace entonces un lugar y las transforma en ese tipo de ciudades.

Es en ellas donde mueren, sin que nadie lo note, los que caminan por los andenes de las estaciones de trenes, los desarrapados que otrora ocupaban un sitio selecto en los reclinatorios de sus catedrales y en sus palacios, en los jardines de sus más suntuosas residencias. Olvidados totalmente por todos, borrada toda huella del tiempo en el que tuvieron sentido, guardando en sus carteras restos deformes de lo que alguna vez fueron (un pequeño crucifijo de plata, la invitación a una fiesta de cumpleaños, la foto desteñida de alguien en un día domingo), mueren solos en los recovecos más oscuros de la ciudad que les olvida, que no tiene recuerdos asociados a ellos, que ha borrado totalmente los rastros que habían dejado en los cuadernos de visita a las exposiciones de pintura, en las cartas de amor clandestinas, en los ex libris impresos en algún volumen de Schopenhauer. Las cortinas que antaño tapaban la luz que no los dejaba dormir de mañana y las mullidas alfombras se pudren, seguramente, en algún apartamento anodino, recortadas con tijeras bastas y sin filo para fabricar colchones, o almohadones en donde se recuestan quienes nunca supieron de finuras o delicadezas, y que hoy ven el televisor apoyando la cena en los restos de los antiguos gobelinos.

Nada de eso ven esas ciudades porque le dan la espalda a los perdedores, a los que no pudieron, no supieron o no quisieron adaptarse. Las visitaste, subiste en sus trenes subterráneos, recorriste los puentes que cuajados de estatuas se reflejaban sobre las aguas de los ríos navegables. Viste los muros deteriorados de sus calles principales, recogiste trozos de mampostería y argamasa que había resistido siglos y que entonces se caían, lentamente, sobre los que recorrían sus calles. Observaste las estatuas llenas de chorretes blanquecinos (totalmente cagadas por los pájaros) que se iban desmoronando poco a poco, y en los parques constataste que iba creciendo la hierba sin

remedio, invadiendo los arriates en los que debían estar las flores (los tulipanes, los gladiolos, las azucenas). Tal vez por eso se transformaron en tus ciudades sumergidas, clandestinas, porque tras su fiereza escondían una larga e ignorada agonía y tapaban con las dos manos su boca para que no escapara su prolongado lamento de muerte, su canto postrero.

Scriptorium

CIUDADES COMO TORRES SOLITARIAS

Conociste también otras ciudades: las solitarias, las abandonadas, las sólo visitadas en el día cuando alumbra el sol los muros restaurados. A unas las invade la selva, a otras el desierto, mientras otras se asientan sobre terrenos pedregosos llenos de alacranes y serpientes. Silentes, muertas para todos, se yerguen como esqueletos blanquecinos exhibidos para escarmiento de las vanidades y fatuidades de la vida. Poco queda de sus pasadas glorias, y las voces que alguna vez las poblaron se perdieron hace siglos llevadas por el viento. Has podido contemplar el océano desde ellas, o el mar inmenso de la jungla sin voces que turben la contemplación de la muerte. Estuviste en ellas agobiada de calor, sintiendo el polvo pegarse a tus axilas, a tus labios, a tu ropa; desde lugares elevados las viste al atardecer, cuando el sol alargaba las sombras de sus antiguas torres y producían parchones oscuros en los costados de las puertas que permiten el acceso. Pétreas, descarnadas, continúan vigilando los caminos de las antiguas caravanas, los trazos centenarios por donde transitaron los camellos, las mulas, los elefantes y las llamas. No se han enterado aún que es en vano, que todo terminó hace siglos (a veces cientos de siglos) y que no existen ya las rutas por donde se trasladaba el sándalo, las sedas, el cacao, las piedras y las especies. Desde su lugar de cruce se sienten aún destino, punto de llegada, ansiada visión desde lejos aunque ya no posean lugares de reposo, cuartos de alojamiento, espacios para el esparcimiento y el jolgorio. Atalayas solitarias en caminos desiertos, abandonados, borrados, inexistentes, se mantienen en pie apuntaladas por el deseo de la memoria de encontrar siempre el principio,

el lugar de donde se proviene, los orígenes, de saber quiénes nos antecedieron. Horadadas por todas partes, en perpetua reconstrucción, precariamente sostenidas están al frente de la puerta más antigua de la casa, aquella de la que ya no tenés memoria, la que cerraste hace años en el patio del fondo. En sus avenidas desigualmente empedradas, en los fustes y los capitales rotos guardan, sin embargo, su estirpe de ciudades sumergidas. Es la desolación y el abandono lo que las trae siempre a tu memoria, lo que les da vigencia en tu pequeña y humilde constelación de ciudades transparentes. Recompuestas en tus recuerdos, armadas de nuevo en tu cabeza, articuladas al laberinto de los afectos, amanecen cada día más frescas, renovadas, prestas a continuar resistiendo otros mil siglos. Poseés partes de ellas, trozos de murallas, pequeñas piedras y astillas de portones, algunos diminutas trozos de tiestos en los que se vertió agua, en los que guardaron granos (maíz o trigo). Los encontraste tirados entre el polvo que cubre sus antiguas alamedas o a la vera del brocal de un pozo; las tenés apiladas en un estante blanco que resalta su superficie oscura, las excoiraciones y las hendiduras hechas con el tiempo. Acarreadas y puestas, sin concierto, una al lado de la otra, yacen inocuas y sin sentido. Así, son como letras sueltas tiradas al viento que las lleva como esporas por el mundo, sin rumbo fijo y separadas. Solas no dicen nada, pierden todo sentido y sólo adquieren el que les das cuando hablás sobre ellas inventándoles el engarce, la concatenación y el vínculo. Así las has hecho pasar como partes de la puerta de Troya (o del caballo que pasó por ellas), como joyas del Peloponeso, como partes de ciertos astrolabios de Alejandría, como gemas traídas del sur Yucatán, en la zona en donde corre caudaloso el Naulate. Me has dicho que una parte de Babel se encuentra en ese estante, un trozo del discurso entreverado de todos los hombres de todos los tiempos hablándose al unísono. Provenientes del silencio, de la mudez de los templos destruidos, de las ciudades silenciadas, se vuelven vocingleras en tu estantería blanca. Son los restos de las ciudades sumergidas que han si-

do abandonadas y que llevás como trofeos de la memoria, como hilos de acero que no dejan que se rompa el vínculo con el lugar de donde proceden. Cubiertas aún con el cieno primigenio, en sus lomos se adivinan glifos, inscripciones cuneiformes ininteligibles que algún día calzaron en el rompecabezas del que forman parte y del cual las has separado.



Scriptorium

CÁNIDOS, FÉLIDOS Y ROEDORES

En los paraninfos y anfiteatros de algunas de esas ciudades

abandonadas viste merodear felinos de todos los colores, ubicados en los atrios en donde hace siglos se sentaban las favoritas de los procónsules y los embajadores. Rodeados del hálito pestilente de los orines empozados los viste desde lejos echados al sol de la mañana, ahítos de comer el pan de las viejas solteronas. En lo alto, los nichos destinados a resguardar y exhibir las estatuas de los guerreros, de los más diestros gladiadores, de los dioses del prolífico panteón pagano acunaban los nidos de las palomas que blanqueaban las graderías hundidas, los pasadizos subterráneos al descubierto. Aturdidos por el sol de las diez de la mañana vagaban como antaño lo hicieron los patricios en las casas de baño que hoy yacen allí cerca derruidas, totalmente maltrechas, sin agua ni paredes que produzcan eco. Gordos y fofos, igual de intrigantes que sus antecesores, se aparean entre sí sacudiendo las melenas hirsutas, encrespando el espinazo al aire libre, mientras hordas de mirones les siguen los episodios del orgasmo, cuentan los gritos salvajes de las hembras en celo, atisban los ojos estrábicos del placer felino. Las palomas, ajenas a la orgía, organizan mientras tanto vuelos silenciosos, milimétricos, alrededor de las paredes descascaradas en las que alguna vez rebotaron los rugidos de los leones, de los tigres de Bengala, los gritos ardorosos de las fieras en combate, los aullidos de dolor de los heridos, el último resuello de los moribundos. Ninguna señal queda de todos ellos, ninguna huella (mancha, placa, estela conmemorativa) marca el lugar de los de-

güellos, de las crucifixiones, de los empalamientos masivos, de las carnes laceradas. Nada queda del grito (ninguna voz, ningún suspiro), de la exacerbación de la sangre, del vertimiento de líquidos (lágrimas, por ejemplo) de todos los sacrificados, de los enviados al redondel de la muerte. Entreverados entre los pedruscos, escondidos tras los trozos rojizos de ladrillo, ocultos por el cieno del fondo deben estar los restos de los huesos, algún jirón de tela, una poza de sangre seca que pueda mostrarse hoy como reliquia, como recordatorio. Nadie piensa en eso, sin embargo, a las diez de la mañana del día domingo cuando las palomas revolotean blancas resaltando su perfil sobre la pared descascarada. Visitantes de esta ciudad que existe paralela a la otra en otro pasadizo del tiempo, los observadores de los gatos hacen funcionar sus máquinas chispeantes mientras sonríen en el lugar en donde hace mil ochocientos treinta y tres años están descuartizando a San Pancracio, protector de los trashumantes, amigo de los peregrinos, benevolente patrón de los caminos.

Por más que buscaste no encontraste rastro de las ratas; intuiste que habían sido perseguidas, arrinconadas, expulsadas de los túneles oscuros lubricados con la mierda que habitaron en los paraninfos ahora copados por los gatos, teniendo que partir hacia otros sitios. Sabés, sin embargo, que salen al oscurecer en medio de los basurales de la ciudad dormida. Las viste grandes como un recién nacido, moviéndose en la selva de cemento depredando las bolsas que guardan los desperdicios de las casas (de los apartamentos de lujo y las chabolas miserables). Con las panzas llenas hasta el hartazgo pueden ser vistas volviendo al amanecer a los túneles por donde corre el detritus de la urbe, a las cloacas inmundas en donde navegan los excrementos y no alcanza a entrar el sol por ninguna hendidura. Es allí donde procrean, en donde paren a las minúsculas bolas ciegas a las que alimentan con la regurgitación de su hartazgo ciudadano. Quien camina por la noche por esas urbes de enormes paredes verticales, de anchas avenidas descampadas, de pequeños callejones, sabe de la presencia de las

ratas, de sus ojos brillantes, de sus hocicos puntiagudos con los que escarban. Lejos de los gatos que reinan en los paraninfos, en las antiguas pistas de atletismo, en los zaguanes de las viejas mansiones, suben y bajan, salen y entran de los intestinos a la piel (en donde nosotros transitamos), a través de veredas secretas que sólo ellas conocen, de las que solamente ellas saben, por donde sólo ellas caben. Desde la boca de los túneles vigilan el ir y venir del tráfico, el movimiento de la gente (a los enamorados en los parques, a los visitantes puestos a descansar en una banca, a las madres que pasean a sus hijos más pequeños de mañana), atentas a lo que dejan tirado, a lo que ya no quieren, a lo que echan en los tarros de la basura en las esquinas. Llevan el recuento de lo que va quedando, memorizan la cantidad de desperdicio acumulado, identifican por el olor la composición de lo arrojado para después, al anochecer, lanzarse. Están en los lugares sagrados, bajo las escalinatas de mármol, en los huecos que se forman al pie de las columnas, bajo los altares de las basílicas mayores, en los templos, tras los tronos de las efigies más veneradas, en las sacristías donde se ungen los santos sacramentos (las has visto asomar tras los festones sacros a la hora de la consagración y refocilarse con las hostias dejadas por descuido en una esquina perdida de los grandes edificios). Pululan por los hospitales, entre las patas de las camas de hierro, hunden su cuerpo en las lavanderías en donde se desinfectan las sábanas de los enfermos, en los tiestos en donde luego beberán la sopa los convalecientes y aguardan a que se olviden de los muertos en los corredores (comedoras de carroña, de carne muerta). Merodean por los comedores comunales organizados con el empeño de las fuerzas populares, se meten en los sacos que contienen el pan conseguido con el esfuerzo de las colectas proletarias, mordisquean el azúcar llegado desde lejos (de los soleados campos cubanos), y se llenan la panza con papas (las que fueron domesticadas a través de los siglos en las cumbres secas y frías de los Andes) que son las mismas que después depositan como bolo alimenticio en

el hocico de sus crías, las que las esperan en los rincones oscuros bajo tierra. Mientras los felinos modorrear en los nichos de los antiguos emperadores, el cáncer de los roedores se extiende a través de las arterias subterráneas de la urbe. Es una mancha grisácea que crece bajo los pies de los que viven en ella y de la que sólo se escucha, de vez en cuando, el rumor que roe en las entrañas.

Las palomas les huyen revoloteando alrededor de los campanarios, de las cúpulas doradas de los baptisterios. Burlan con su vuelo límpido sus saltos torpes de seres subterráneos, los vanos esfuerzos de sus patas cortas de dedos prensátiles y uñas agudas. Ellas se desplazan a velocidades que desconoce el mundo húmedo del que las ratas provienen y diáfanas relumbran tornasoladas bajo el sol del mediodía. Sus ojos redondos, de pupilas grandes como el iris, buscan atentas las semillas que arrojan para ellas los ancianos y los niños, los artistas, los solitarios y los pobres. Rodean a los infantes que les arrojan alpiste, los cercan amigablemente, los acosan suavemente y se posan en la palma de sus manos mientras gorjean por el placer que les produce. Perseguidas por los niños más chicos corren en los senderos de grava de las alamedas, se suben a los bordes de las fuentes y beben agua levantando la cabeza para que les llegue hasta el buche y las refresque. En los parques señoriales abundan en la orilla de los estanques y en las amplias plazoletas; en los monumentos conmemorativos se posan en las estatuas de los reyes, de los amantes, de los escritores y de los músicos, y rodean a los enamorados que no las sienten llegar y no las asustan. Los lugares abiertos, espaciosos, iluminados son sus preferidos, allí en donde sopla más el viento y pega el sol fuertemente en las mañanas de verano. Y en invierno se acurrucan en los pliegues de los grandes edificios, en las cornisas, en las cenefas cinceladas con esmero, en las volutas del estuco para paliar el frío que llega a herirlas en las patas, en las alas, en los ojos. Las has visto morir congeladas, quedarse quietas y duras, tiradas a la entrada de una iglesia, de un museo, del correo, en el mismo lugar en donde persi-

guieron el alpiste en el verano. Es su tributo a la libertad, aves inaprensibles que no conocen la comida segura, el calor artificial, el aire viciado de las habitaciones cerradas, propensas a morir en cualquier momento, expuestas a los avatares de la intemperie, inermes ante las vicisitudes del clima. Las parvadas de palomas cruzan velozmente sobre los ríos históricos (los que detuvieron ejércitos cuando no existían los puentes de guerra transportables), dan vueltas sobre ellos, beben en sus márgenes o en las orillas de las isletas que se forman a lo largo de su curso, observan cómo corre el agua hoy contaminada desde las ramas de los chopos, esos árboles esbeltos que deben asociarse siempre con las corrientes de agua. Sobre los campos recién arados las has visto volar al sentarte a descansar tras alguna larga caminata, en el atrio de la iglesia de Asís, en la perdida plaza central de Cluj-Napoca acuartelada entre los Cárpatos. Tras esas palomas carpáticas corrió tu hija, la mayor, la primera a quien enseñaste a caminar sobre la Tierra, con pasos vacilantes, con sus botitas amarradas color café, con su abrigo anaranjado que después olvidó en el trópico húmedo y caluroso. Por eso asociás a las palomas con los niños más pequeños, con los titubeantes pasos de tu hija en el invierno transcarpático de esa ciudad pequeña anclada entre los montes y el Danubio, barrida por las ventiscas de nieve en el invierno, por el tibio sol de altura en el verano.

No existían allí, en ese rincón del mundo, los perros que viste castrados, domesticados y neuróticos, llevados por seres rubios, atléticos e ingenuos a través de las calles siempre limpias del país atravesado por el Rin acotado por viñedos, de los vinos blancos y dulzones. Orondos, con el trasero levantado, mejor alimentados que los niños que nacen en el puente estrecho de donde provenís originariamente, cagan en cualquier lugar en donde se les ocurra, echan para afuera, a través del tracto intestinal atiborrado, las comidas especiales, los cereales y las carnes preparadas con esmero, adobadas especialmente, las vitaminas que les dan sus dueños con la mano en la trompa de

animal desubicado. Son acariciados permanentemente, peinados, acicalados con lociones humectantes, con póćimas que les revitalizan la pelambre, y por las noches los ponen a dormir (como a la gente bien de esos lugares) entre edredones de plumas arrancadas del pecho de los gansos, cerca del fuego en el invierno, en algůn lugar que no sofoque en el verano. Acorralados en minůsculos apartamentos en un quinto, octavo, dćimo piso buscan, cuando al fin los sacan (atados) a la calle, en dۆnde levantar la pata para mear como lo hicieron sus ancestros, aunque ellos tienen palanganas con piedritas en donde tambiћn pueden hacerlo bajo el lavabo de su dueћo. Histćricos, husmean y ladran como seћoritas nerviosas cuando los llevan a dar la vuelta a la manzana pero se portan bien en los trenes, en los restaurantes, en las paradas de los autobuses, y son preferidos muchas veces a los niћos que salen tan caros y dan tantos problemas en la adolescencia; son ademћs mћs agradecidos, se alegran del regreso al hogar del amo desde antes que ۆste abra la puerta del portۆn que da a la calle y lo reciben dando brincos sobre la alfombra de la sala en donde el dueћo se deja lamer las manos, les da besos en la trompa y los acaricia verbalmente.

En las antiguas colonias de las metrۆpolis en donde crecen esos perros gordos deambulan sus opuestos. A ۆstos los has visto a la sombra de las murallas del Cusco, recorriendo las calles empedradas de la Antigua Guatemala, en las extensas pampas argentinas y uruguayas, con andadito oscilante, constantemente en movimiento, husmeando en cada rincۆn, en cada lata, bajo cada piedra, exhibiendo sus impůdicas costillas de perro pobre, famćlico, marginal y atormentado. No hay asociaciۆn protectora de animales que de a basto con los miles de ellos que pululan. Contagiadores de la rabia y de la sarna, portadores de parћsitos, descalsificados totales, leales amigos de los pobres que con ellos se disputan muchas veces los restos de los restaurantes en los basurales. Guћas de los ciegos, guardianes de las casas sin puerta, amigos de los niћos barrigones, compaћeros de los

músicos mendigos, acompañantes en las largas caminatas, aullantes denunciadores de los ladrones. Aguantadores de hambre, temerosos permanentes, periódicamente envenenados, magullados, irremisiblemente flacos son los perros que habitan la otra orilla del Océano Atlántico, lugar en donde viven los monos aulladores, los titís, los tepzcuintles, las dantas y los garrobos (entre otros), animales salvajes libres (en peligro de extinción muchos de ellos), que se cuelgan de las ramas de los árboles, deambulan por el bosque, orinan para delimitar su territorio y se aparean en medio de la humedad de la selva sin ojos curiosos que sigan los pormenores de la cópula.

Allí has coincidido con pequeños grupos silenciosos de mirones con catalejos y binóculos, que mientras persiguen a las aves coloridas, quienes vuelan y saltan en el techo de la jungla eternamente verde, van dejando un rastro de repelente de mosquitos y de exceso de quinina ingerida como prevención de la malaria. Para ellos están reservadas las playas más bellas, los mejores lugares bajo las palmeras, las copas más rebosantes y frescas, algunas de las más lindas muchachas. Son los que vuelven a sus pequeños condominios nórdicos mostrando una hilera de fotos en donde aparecen los monos colgados de los árboles, las iguanas asoleándose en la arena y las muchachas en las sillas del bar del hotel donde estuvieron. Yo sé que a estos también los has visto.

El rastro invisible que has dejado en tus viajes colinda, en muchas partes, con el de los animales: con las tortugas terrestres, las guacamayas importadas (apresadas en algún arrabal cercano a donde vivías en la infancia), los monos, los perros gordos y los flacos, las palomas, los quetzales, las llamas y los elefantes. Sabés solamente el nombre propio, sin embargo, de los gatos siameses de tus hijas, los que rompieron los sillones de tu casa, arañaron las cortinas y escaparon por la noche tras alguna gata en celo.



CIUDADES EN EL TRÓPICO

Los gatos escaparon por la noche caminando sobre las láminas de zinc aún calientes de los techos de una ciudad en donde habitaste por un tiempo: espacio urbano endeble, de construcciones perecibles, bajas, despintadas y estrechas en donde se habían talado los árboles frondosos que años atrás protegían del calcinante sol del trópico húmedo. Llegaste a ella poco a poco una noche de diciembre, por la calle que conduce desde la costa del Pacífico, en donde se circula lentamente tras las máquinas pesadas que transportan mercancías. Cansada por el sol y la larga travesía viste desde lejos las luces de la ciudad en un valle al que se llega trepando desde el mar que queda a un trecho respetable de distancia. Allí estaban ya, en algún punto del conglomerado luminoso, los padres de los gatos que después serían de tus hijas, los mismos que arañarían los sillones de tu casa para luego huir por los techos aun calientes en la noche.

Las casas de madera de esa ciudad atraen los ratones, las manchas de humedad en las esquinas, en las paredes de los sanitarios, en los cielos rasos a donde llega el agua a través de las goteras; los techos se oxidan con el tiempo y se deben cambiar las láminas de zinc que han perdido el color plateado; la gente se detiene a media calle con el motor del auto en marcha y charla mientras los demás esperan,

impacientes, a que se despidan, mande saludos para los amigos y pregunte por el estado general de la familia. Es un sitio rodeado de montañas, de plantaciones de banano, de océanos y ríos que corren putrefactos en agosto, mes en el que se arroja al agua los desperdicios del café ya cosechado. Las corrientes se desbordan en octubre y el país se transforma casi en una isla; por los estrechos cauces de los ríos que vienen de las montañas bajan inmensos peñascos rebotando en las orillas, llevándose los árboles, los puentes, las casas, los caminos. Después quedan planicies yermas, extensos campos pedregosos, asoleados, calcinantes, en donde crece la yerba hasta el siguiente invierno. Los ríos llegan hasta un mar bordeado de palmeras, reconcentradamente salino y tibio, de arena ardiente al medio día en donde abundan las islas luminosas rodeadas de agua transparente, llena de peces de colores. Allí las ciudades son más precarias todavía y constantemente azotadas por los vientos que se desatan en los meses huracánicos; sus balcones de madera se asoman al mar brillante, y el viento despinta las fachadas que se van quedando mustias con los años.

En las islas, sin embargo, casi de la nada surgieron las columnas dóricas, los capiteles, los bajorrelieves de los frontispicios, las catedrales barrocas, los palacios churriguerescos. En sus patios sombreados por la parra traída desde el otro lado del océano se puede tomar la siesta a media tarde, cuando el calor va cediendo poco a poco, aunque el sol sigue ardiendo como un hierro incandescente. En sus fuentes esquineras se puede lavar las manos la persona amada mientras recorre la ciudad de La Habana, la misma que algún día debe de haber estado refulgente, entera, acicalada; las cornisas hoy se caen a pedazos, las escaleras llevan al vacío, las verjas de hierro ceden ante el óxido, las ventanas han perdido los cristales y las calles desembocan en el mar como una vieja ciega y desdentada que vaga al azar en un lugar que no conoce. Es una ciudad después de las bombas, tras el asedio, el sitio, abierta al mar Caribe que le lame los costados todo el

año, a cada minuto, siempre, llevándose el cristal de los vitrales, trozos de mampostería, de cerámica española, restos pequeños de los antiguos palacios y de los fuertes que la defendieron del acoso. El malecón bordeado de corredores, de balcones, de cariátides pétreas que sostienen sobre sus cabezas arcos neoclásicos y balcones en donde las mulatas ven al mar cuando cae la tarde. En el aire irrespirable de julio vuelan los pájaros (las golondrinas) que revolotean sobre la cabeza marmórea del Martí hincado cavilante, enorme, blanco y adusto al que rodean las consignas y los gritos que se repiten en el aire cargado de salitre. Y en todos los lugares (en los rincones de la Ciudad Vieja, en los paseos arbolados, en los pequeños apartamentos de El Vedado) hay una respiración asmática, un fuelle que se abre y cierra, que resuella permanentemente tratando de alcanzar la bocanada, el poco de aire que dé para llevar un paso más hacia adelante la imagen desgarrada y sucia que va quedando después del largo recorrido y que es luz (a pesar de todo), resplandor, aroma y esperanza.

Los turistas llegan y se van de las playas reverberantes, recorren el malecón, cuentan el dinero en las habitaciones cerradas, quieren ver el atardecer desde la punta del morro. Hay quienes buscan a las muchachas, las mismas que recogieron antes hortalizas con sus manos, las que compitieron por la medalla de héroe en la escuela o el colegio, y las manosean todas, les ponen las manos en el culo, les acarician procaces las tetillas apenas perfiladas, los pezoncillos despuntantes, las besan en el cuello y babeaban borrachos entre sus piernas finas de mulatas suaves. Escuchaste sus risas en las escaleras de los hoteles de playa, en los ascensores, en los corredores, en los amplios salones de la planta baja junto al descorche de las latas de cerveza con las que se les ve en todos los lugares (generalmente oscuros o en penumbra) por donde se pasean.

Estuviste en los corredores de las casas en donde las mujeres y los hombres se hamacan en viejas mecedoras de madera y petatillo,

se dan aire con revistas viejas mientras hablan de cómo han conseguido el sustento, de las relaciones hechas o consolidadas que permiten acceder al papel higiénico o a una o dos libras de carne. Viste el piso percutido, falto de brillo y las paredes despintadas, descascaradas y sucias bajo los árboles de zapote y aguacate en medio del calor abotagante al que no lo disipa la más mínima brizna de viento marino porque lo tapan los altos edificios, el vericuerdo de calles que parten del malecón larguísimo. En las amplias salas con columna falsas en las esquinas, de puertas de cedro y vitrales coloridos que se iluminan con la luz de los jardines, viste los cordones de la luz eléctrica colgando sobre las mesas paupérrimamente servidas, con manteles de plástico a cuadritos azules o rojos, y en los corredores los canarios (amarillos o rosados) encerrados en sus jaulas de latón en donde cantan, prisioneros, cada vez que alguien les silva bajito en el oído. En el anochecer las luces mortecinas de las calles atiborradas de escombros apenas alumbran entre los árboles frondosos, y los balcones y las ventanas sólo se intuyen en las moles oscuras de los edificios grises, sin luz en las escaleras que llevan a los apartamentos.

En otra parte subiste una escalinata (como cascada) que lleva hacia unos claustros frescos, unas salas magníficas y silenciosas amuebladas con pupitres armados con maderas preciosas extraídas de los bosques que fueron devastados en los alrededores del puerto, los mismos que sombreaban el camino que llevaba a Santa María del Mar, a Varadero, a los pueblos de pescadores en cuyas playas se colgaba el pez vela, el pez aguja, los tiburones pescados con arpón o con enormes anzuelos en donde quedaban prendidas sus bocazas. En sus salones mayores plagados de terciopelo y borlas doradas tomaban limonada con galletas las conserjes a las diez de la mañana mientras conversaban (algunas con la boca desdentada) salpicando los brocados con las migajas mojadas que salían de sus bocas.

Tus ojos de viajante vieron el mar desde alguno de los balcones contruidos especialmente para asomarse sobre su inmensidad profunda. Te imagino ahí sentada dejando que llegaran las imágenes del pasado que llevaban y traían a tu padre moviéndose en su tránsito por esa ciudad portuaria, sus gestos pausados en medio de la noche, los ojos atentos y su jovialidad cuando volvía de descubrir el milagro que eran para él las escuelas en el campo y los círculos infantiles. Desde su alegría iniciás la construcción de otra ciudad sumergida, olorosa a habano, inundada con la brisa cargada de salitre, marcada en cada esquina por sus ojos asombrados, sus manos honestas y sus esperanzas claras; volver cargando con su ausencia es como una traición que sobrellevás en silencio (apenas acompañado por el rumor de las olas), con lágrimas que se te amontonan en los ojos cuando recorrés los mismos corredores en donde se encuentra aprisionada su figura en algún recoveco del tiempo, o su voz cuyo eco resuena eternamente junto a la adolescente que eras entonces (que seguís viviendo con él ahí para siempre). No volviste a la ciudad que llevabas en la memoria, no la buscaste tampoco, ibas al encuentro de otra cosa pero ella te fue llegando sin que nadie lo pidiera, emergiendo lentamente e instalándose en el sitio exacto en donde estaban guardados esos días, las sonrisas de los amigos, los saludos efusivos dando la bienvenida. A los corredores desde donde se aprecia la bruma que llega del mar hacia la costa en la mañana (oyendo batir las olas contra la escollera) fueron llegando de puntillas sobre el césped las voces alegres de los que sabés que ya murieron (aún cuando entonces eran inmortales) y que fueron marcados para siempre en el alma por esa isla orlada con festones escarlata en las esquinas. Allí permanecés con todos, encerrados en un bolsón del tiempo felices, jóvenes y esperanzados, protegidos del sol de las once de la mañana por los techos de palma alrededor de los estanques llenos hasta los bordes de agua resplandeciente y tibia. Sé que antes caminaste por las calles que hoy descubrís llenas con los escombros de los edificios que se derrumban

inexorablemente; en ese tiempo, sin embargo, todo lo vieron diferente, entero, limpio y ordenado, y así fue como lo grabaron en la memoria eufórica, la misma con la que después alimentaron el motor que los mantuvo vivos en medio de la muerte enardecida en ese puente estrecho del que provenían todos.

Viendo hacia lo alto (hacia el lugar en donde se tiende la ropa entre los edificios finiseculares), divisaste a las mujeres que se gritan haciéndose saber sobre el lugar en donde se puede encontrar la carne, el arroz o la manteca y junto a ellas (que se sostienen el cabello con pañuelos de colores desgastados), en el alféizar de las ventanas, el rostro de los niños que miran hacia abajo con sus ojos grandes siguiendo la senda que recorren los confites que llevás en la palma de la mano. No recordás haberte asomado antes a los zaguanes oscuros y húmedos en donde a veces orinan los borrachos y los novios se acarician por la noche, donde al medio día se sientan los ancianos con las piernas abiertas y las medias hasta la rodilla, conversando despacio siempre de lo mismo, repitiendo lo que ya dijeron ayer, remarcando juicios externados muchas veces mientras algunos duermen o cabecean a la hora del soponcio. Ahora, mientras escribís o comprás las verduras y las frutas (o mientras tus hijas patinan en la calle que pasa al frente de tu casa), la mar está batiendo en esas costas, se están repitiendo los ecos de las voces entre los viejos edificios, cae el sol sobre los hombros de los cientos de ciclistas que pululan por las calles y planean las gaviotas (con sus ojos de abalorio) sosteniéndose en el aire con las alas extendidas mientras los alcatraces flotan sobre las olas o aparecen muertos, a veces, en las playas, con las plumas mojadas, las patas recogidas sobre el pecho y las cuencas de los ojos vacías, revolcados en la arena por las olas.



VIAJANTES SIN MEMORIA

En las playas blancas en donde son arrojados los alcatraces y los

alcaravanes muertos te encuentras a los viajeros sin memoria, a los neuróticos del movimiento, a los que incesantemente se trasladan viendo y recorriendo todo estableciendo vínculos efímeros, lazos endebles, relaciones perecibles, uniones epidérmicas y anémicas. Con el tiempo supiste que algunos se ocupan de transportar objetos (a veces hermosos) que en sus manos se transforman en vulgares mercancías: mercaderes, atentos escrutadores de las debilidades del prójimo, hacedores constantes de listas de adminículos que buscan febrilmente allí donde recalán; sus ojos pasan sin mirar sobre las huellas (labradas, modeladas, esculpidas) de los hombres; su mirada enajenada no se fija más que en los bazares, en los almacenes, en los expendios que distribuyen cosas que ellos quieren para guardar en sus alforjas para llevarlos al lugar en donde se transforman en dinero; duchos en la burla a las aduanas, a las formas de empaque menos abultadas, conocedores de los escondrijos en donde se puede disimular la mercancía en los transportes que utilizan, se sienten poderosos esquivando la acuciosidad de los retenes de frontera, inteligentes porque cobran por lo transportado varias veces más de lo que vale en su lugar de origen. De pie ante los monumentos, apoyados en los edificios en donde se han definido los derroteros de la historia humana, sentados a la vera de los ríos primigenios no saben sino sacar cuentas, tachar en sus listados las cosas conseguidas, inventar nuevas estrategias para bajar los precios. Su memoria, ocupada en retener lugares en donde se expenden baratijas o los sótanos en donde cuelgan los sobre-

todos rebajados del anterior invierno, no se detienen ante nada que les estorbe a su objetivo de comprar para vender más tarde. Sudorosos (sonrientes cuando las circunstancias lo ameritan), temerosos en los puestos de control en donde se revisa el equipaje que se lleva, conversan siempre de lo mismo en los transportes donde viajan después de haber pasado una vez más un puesto: de la corrupción de los agentes aduaneros, de la voracidad impositiva del gobierno, del pobre peculio que se obtiene después de haber vendido lo que lleva en las valijas. Mientras hablan uno puede ver en su muñeca los relojes de oro, los abultados anillos de sus manos, los manojos de cadenas que cuelgan de su cuello. El gusto que muestran por esos adminículos colgantes, la ordinaria combinación de colores de su ropa, la barata ambición que muestran sus uñas recortadas y laqueadas confirman la enajenación de la mirada, la imposibilidad de hablar de otra cosa que no sea la forma de encontrar los hoteles más baratos, de ubicar las zonas en donde se realizan las transacciones de baja factura, la forma más conveniente de recorrer largas distancias en el menor tiempo posible para que rinda dividendos la estancia en el lugar del que ahora se regresa. Y cuando alguna vez tuvieron (por casualidad) un pequeño espacio para dedicarlo a otra cosa que no fuera la de inventariar y levantar mercadería, fueron a los sitios en donde se necesita el menor esfuerzo para que transcurra el día, sin interesarse mayormente por la forma de ser de las personas (juzgándolas a todas con la vara que traen de su lugar de origen en donde creen que se encuentra la verdad que explica lo que miran y no comprenden) o se embobaron con alguna maravilla estúpida de plástico y ensamble rápido. Es probable que aquí sí retenga la memoria (ayudada por fotos que después de un tiempo pierden los colores), que el hueco sentido en el estómago en algún carrusel gigante se recuerde después cuando se cuenten las peripecias del periplo. A ellos, a los que también has visto en las playas en donde (a veces) son arrastrados los alcaravanes muertos, los podés reconocer de lejos, avisada como estás de sus modales y por el

tono de su voz la mayoría de las veces estentórea. Y luego los has reconocido (de inmediato) en el lugar en donde viven, en el barrio en donde habitan, en alguna reunión en donde, por desgracia, coinciden ustedes, pontificando sobre los lugares en donde han estado, pretendiendo aleccionar a los demás sobre las cosas que su memoria (corta) ha registrado. Ellos que son duchos solamente en las peripecias del comercio, que no han estado sino en los santuarios de la compra y venta de adminículos, que lo único que conocen al dedillo son las calles comerciales, se erigen en expertos conocedores de costumbres, en finos analistas de tendencias, en profetas de lo que sucederá en donde han estado, en alabadores o detractores de lo que apenas han mirado.

Estuviste con ellos en compartimentos de trenes que venían desde Trieste (a las orillas del Adriático) después de haber atravesado Bolonia, Venecia y Florencia la bella. En sus maletas atiborradas traían docenas de pantalones italianos que después revenderían al otro lado de los Montes Urales, a orillas del río Dnieper (o del Dniester), en las residencias estudiantiles de Eslovenia. Caminaban nerviosos en los estrechos corredores esperando a que llegaran a pedirles los papeles, con los sobornos listos en bolsas de plástico sobre las cuales estaban escritos los nombres de los almacenes en donde habían comprado la mercadería que llevaban. Vestidos ellos mismos con la ropa chabacana que habían conseguido, conversaban en voz baja con los gendarmes que los requerían y por último pasaban suspirando de alivio sin ver la imponente de las montañas rocosas que estaban atravesando. Los viste más tarde (repetidamente) en los pequeños habitáculos en donde tenían fijada su estadía, sentados frente a los tómulos de ropa que estaban revendiendo sobre las camas que les habían sido conferidas por gobiernos populares para que descansaran y durmieran después del estudio, actividad para la que originalmente se habían desplazado hasta esos sitios en donde ahora se dedicaban al comercio. Ungidos con el prestigio que les proporcionaba la acumulación

del dinero se rodeaban de mujeres rubias y esbeltas frente a las cuales se ufanaban de sus viajes, de los lugares que habían recorrido, de los grandes espacios atravesados; feos, vulgares y estentóreos se movían con su cortejo de arriba para abajo en los vestíbulos de los hoteles caros, en los restaurantes más costosos, en las discotecas de moda, ostentando un poder nunca imaginado en los lugares lejanos y paupérrimos de donde procedían (de los bosques tropicales del Gabón, de Camerún, de la República Centroafricana o de Kavir, desértica planicie iraní en donde escasea el agua). Guardaban fajos de billetes en colchones y huecos hechos en armarios y de ahí los extraían sigilosamente para realizar más negocios (trueque de monedas, compra de ungüentos y brebajes codiciados que después llevaban allende las fronteras), contarlos (repetidamente) o exhibirlos ante aquellos frente a los cuales querían parecer omnipotentes, poderosos, fuertes (o bellos, inteligentes y ágiles) a pesar de que todos (ellos incluidos) los sabían minusválidos espiritualmente, de horizonte limitado, propensos a un futuro incierto, marginal e inseguro en algún suburbio del mundo. Mientras habitaste espacios colindantes con ellos fuiste visto siempre por sobre el hombro por no poseer el poder de seducción que ellos ostentaban, la nube de amigos que los acompañaba a todas partes, por no desplazarte en automóviles de lujo. Los evitaste ostensiblemente a pesar que eran muchos y que dejaban poco sitio en donde poder estar sin ellos; escuchaste en la lejanía sus fiestas, los escándalos de calle, las broncas en las que se enredaban por las noches, los gritos de las muchachas a las que atropellaban con su prepotencia barata. Ellos vivieron, como vos durante un tiempo, en el corazón silencioso de los bosques, más allá de los montes que como lomos de ballena de extendían hasta el horizonte, amparados de los avatares del mundo, calientes en el invierno. Pero no guardaron nada en el cerebro como no fueran los mecanismos para hacer crecer las divisas que abultaban el bolsillo. Fueron, vieron y se devolvieron sin que se les impregnara nada (como los patos que se sumergen en el

agua de un estanque sin mojarse). Después, pasado el tiempo, a algunos los volviste a ver en distintas circunstancias, desvestidos de los oropelos con los que se adornaban antes (como gatos mojados, tiritantes y ateridos), sin los faustos que se daban con el dinerillo ganado en los negocios; muchos son ahora los clásicos mandamases en el limitado entorno de la casa en donde viven, apocados lameculos fuera de ella, mediocres profesionales, gente de horizonte limitado que siempre está buscando la hendija que les lleve hasta donde obtenga algún pequeño beneficio, una pequeña ganancia (un viajecito, engañar al fisco con algún impuesto, llevar dos por uno en un almacén de provincia), ampliar el reducido espacio que les queda en la apretazón del tumulto. No han llegado nunca a ninguna parte ni han estado nunca en ningún sitio. Transitadores irreflexivos, atolondrados, no saben de dónde vienen ni saben a dónde van: la vida los atropella y los deja a la vera del camino con la misma cara de estúpidos con la que los viste cruzar la frontera italiana y recorrer los bares de La Habana. Ellos no recuerdan más que las cosas a las que se dedicaron, no encuentran espacio en su memoria para las catedrales, los campanarios de piedra, las agudas puntas góticas que los cobijaron del sol bajo su sombra, el rumor de la gente subiendo a las barcazas a orillas del Rin en el verano, las muchachas vestidas con livianas soleras para soportar lo calores de julio en pleno estío. Alguna vez los viste venir hacia vos pasado el tiempo, sin huellas en el cuerpo, livianos, limpios de las heridas y raspones que dejan las caminatas largas por el mundo y se quedaron en silencio, sin nada que decirse, como si no hubiesen estado juntos en el confín del mundo, subidos en los mismos trenes, bajo los mismos cielos, oyendo los pitazos de las locomotoras que partían. De sus ojos no salen los destellos (las luces, los reflejos) que guían a través de los vericuetos del recuerdo humedeciendo la senda seca de la vida, los senderos que suben al encuentro, al lugar de los oasis en donde brota la humedad que da la vida. Así se

han separado secos, opacos, tristes por el desencuentro o enojados por la ineptitud humana demostrada.

Hay otros viajeros sin memoria que extrañan (antes de zarpar siquiera) los adobos, los aderezos, los minutos de cocción, el toque de gracia de la madre en las comidas. Apenas han llegado a su destino y ya resienten el cambio en la ración diaria de potasio a la que están acostumbrados, la disminución (o el aumento) de grasa en las comidas, la falta (o sobrante) de sal en la ensalada, las extrañas costumbres que se tienen en la mesa en el lugar a donde llegan. Reciben ingentes cantidades de materia prima (para realizar algunas de las comidas básicas que extrañan) por medio de canales siempre diferentes, heterodoxos, simpáticamente descubiertos. Así, reciben llamadas telefónicas (de conductores de camiones, de visitantes médicos, de muchachos exploradores, de solteronas viajando en un crucero en donde buscan a alguien que se fije en ellas) que les hacen saber que traen un paquete para ellos, que no saben qué contiene pero que se lo recomendaron mucho y que lo dejan bajo encargo con una persona de confianza. Ellos se desplazan a través de la ciudad apenas conocida (suben y bajan en las estaciones del metro, toman autobuses equivocados) y por fin llegan a recoger el paquetito en donde viene la harina, la grasa, los condimentos (puede ser una salsita) que su alma necesita para seguir viviendo. Se comunican por teléfono o por carta cuando por fin tienen el tesoro entre las manos, hacen saber lo bien que se han sentido, la tensión sufrida hasta que no tuvieron el paquete y agradecen el envío que permite olvidar el momento horrendo en que se encuentran, reiniciar con nuevo brillo la cuenta regresiva que termina el mismo día del retorno. Están desamparados en el mundo, lejos, solos, desadaptados y piensan en volver a lo que siempre han conocido, a lo que no les causa desazón y miedo. Hasta que no estuvieron lejos no pudieron darse cuenta que estaban en el corazón del universo, en el sitio mismo en donde se gesta todo lo que importa y no tienen neurona para ocuparse de otra cosa como no sea el pensar

en eso, en añorarlo, en dolerse de su ausencia y lejanía. Y muchas veces sucede que encuentran un regazo, unos senos maternos que les dan su leche, unos brazos que los mecen (acunándolos) y los protegen de todo el desamparo en que se encuentran. Esos brazos (ese regazo, esos senos manantes, esa leche) deseosos de cobijar y dar abrigo, entienden al pobre viajante que se encuentra al descampado y que no entiende por qué la vida lo ha llevado a esa situación embarazosa en que se encuentra, a esa tierra inhóspita, a tener que convivir con gente tan extraña. Muchas veces se gestan así uniones permanentes, lazos maritales que perduran con el tiempo y en el que ellos serán siempre protegidos aunque no sea ya de la distancia. Han descubierto a una mamá judía que sabe siempre resolverlo todo, que está pendiente de ellos, que tiene el regazo siempre listo para recibirlos y que les da leche caliente a la cuatro de la tarde. Con ella pueden explayarse sobre las desdichas que les causa el mundo, contarles sus decepciones, la incomprensión con la que son recibidas cada una de las acciones que emprenden en la vida. Su memoria en estos casos es una trampa, una casulla llena de miel dispuesta para atraer a los incautos, un señuelo almibarado en el que caen inocentes abejorros. El suyo es un recuento interesado dispuesto para despertar la lástima del oyente, algo como una desgarradura sangrante, un raspón que les arde día y noche y que muestran mendicantemente mientras solicitan atención para sus pústulas. Estrictamente hablando lo que recuerdan (y muestran) no es el viaje sino el tiempo transcurrido antes, cuando estaban en el sitio que ahora se les antoja eje central del universo, ombligo del mundo, ojete por el que pasa el hilo rojo de la vida; porque para ellos lo importante, lo esencial, lo realmente trascendente está en la esquina de la casa en donde transcurrieron siempre, en el grupo de amigos que conocen de la escuela, en las rutinas aprendidas desde niños.



VIAJES DE RETORNO

Vos también volvéis a veces a las esquinas de la infancia, a ciertos

corredores, a ciertos aires que se te antojan (ahora) transparentes, límpidos y puros. Pero no es sólo a los años de la niñez a donde volvéis sino también vas hacia otros tiempos, hacia otras circunstancias por las que has atravesado, en las que han pasado cosas que te han dejado marcada sin que supieras, en su momento, que después viajarías hacia ellas frecuentemente, rememorándolas. Echada sobre la cama con los ojos muy abiertos viajás por el laberinto del pasado, al entrevero apañuscado e informe que se estira a medida que pasás haciéndole recobrar su estatura, desarrugándolo, inflándolo fuera de la cápsula en donde lo tenías guardado en algún rincón apartado al que no llegás más que en alguna tarde de ocio, en algún momento de pausa o aletargamiento. Hay lugares a los que viajás recurrentemente, imágenes que aparecen siempre de primero (como carátulas de un libro o estandartes anunciadores) mostrando hacia dónde se dirigen los pasos del viaje al que te lleva la memoria. A veces es un rincón, o un pasadizo, o el final de un corredor de pisos de loseta; una pared de machimbre verde, la luz que entra por las hendidias de una puerta o el frío que golpea de mañana al salir del cuarto donde duermen todos. No hay momento especial para iniciar el viaje (aunque tal vez lo haya sin que lo sepás), no hay señales que alerten, sonidos que alisten, imágenes que anticipen la partida; no hay signos premonitorios, ni planes previos, ni mapas ni maletas que deban prepararse; no conoce nadie el destino final al que se llega (tampoco la ruta ni los vericuetos del camino), y nadie más que vos sabe cuando ya te has ido, cuando

estás viajando, recorriendo los caminos, los senderos guardados en el subconsciente, las veredas escondidas en la niebla del pasado.

Allí, en el mundo enredado y superpuesto, borroso y arbitrario al que penetrás, se erigen como monumentos del camino, como obeliscos conmemorativos, como lápidas recordatorias de un percance acaecido a la vera de la ruta, ciertas imágenes, algunos sonidos, determinados momentos a los que persistentemente llegás en tus andanzas, en esos deslizamientos a través del tiempo en los que incurris frecuentemente. Los viajes de la memoria aparentemente tan inocuos levantan entonces las costras del olvido, derriban paredones que tratan de ocultar el otro lado, apartan la maleza, despejan el camino, limpian y apartan de la ruta los obstáculos puestos (a propósito) para entorpecer el paso. Manos interesadas se obstinan en tratar de detener el viaje, en variar itinerarios y desviar el rumbo; celosamente levantan parapetos que pretenden detener el tránsito incesante que no permite la instauración del olvido, que ahuyenta el silencio y mantiene iluminada la estancia de la casa en la que sucedieron cosas innombrables. Pero la memoria no cesa y recurrentemente regresa al lugar de los hechos, al aposento en que sucedió lo aborrecible, a la encrucijada del tiempo y el espacio que unos rechazan, otros niegan y otros más sufren siempre obstinada, lacerante, indefectiblemente como un destino impuesto del que nadie puede zafarse nunca (ni siquiera en los momentos íntimos o cuando las alegrías se acercan a la vida). Todo lo contrario: es precisamente entonces cuando (obstinadamente) el carrusel se pone en movimiento (aunque nadie haya pagado para subir al tiovivo) con su música de circo en el que nadie ríe, nadie goza, nadie celebra las payasadas de los que están en la arena central de la gran carpa: en los momentos cristalinos previos a la puesta del sol en la montaña cuando el eco de la risa de los hijos se pierde entre los árboles, a la hora de los abrazos justo al terminar un año o cuando uno de nosotros se pone por primera vez de pie y camina sobre la piel áspera del mundo. Es entonces cuando galopan

como vándalos desesperados al encuentro de las manos, de los gestos fijos en el tiempo (eternamente iguales) que se repiten una y otra vez los detalles más nimios de los acontecimientos que ya pasaron, que ya sucedieron, que ya fueron y que sin embargo siguen, obstinadamente, dando vueltas sin terminar nunca de irse, como fantasmas impenitentes que aun no saldan sus cuentas con el mundo en donde están frescas aún las huellas que dejaron (las agendas en donde anotaron los compromisos cotidianos, los libros que vieron entre sus manos, los vestidos que aún penden de las cerchas en donde ellos los pusieron). En el viaje que te lleva hasta ellos debés atravesar los campos yermos de la desesperanza y de la vesania, desiertos interminables de impotencia. Allí está sentada tu madre y tus hermanas a la vera de las eras secas, con los pies en los causes sin agua de los regadíos, con los ojos inyectados por el polvo y el sol abrasador del medio día. Ellas gritaron durante años intentando que el eco de sus gritos fuera escuchado por alguien en alguna parte, en algún rincón del universo frío en que se había convertido el mundo. Antes de sentarse a la orilla del camino vagaron entre arbustos que rasgaron sus ropas, caminaron con los pies descalzos por caminos pedregosos tratando de arribar hasta alguna respuesta o, aunque fuera, hasta una voz cálida que les dijera que algún día las cosas se arreglarían. Dieron vueltas solitariamente, se perdieron en la noche y perdieron para siempre la tranquilidad del sueño. Apañuscadas, hechas un ovillo, abrazadas o tomadas de las manos levantaron las imágenes de los que buscaban en las cárceles, en los cementerios clandestinos, en las fosas comunes escondidas en el corazón del bosque (o en el lugar en donde se acuartelan para llevar a cabo sus ritos sangrientos los hombres dedicados a los avatares de la muerte). Rebuscaron en los más insospechados rincones, removieron pedruscos bajo los cuales se sospechaba que podían estar sus restos, repasaron indefinidamente los acontecimientos que habían llevado a su desaparición prematura y hablaron con todos los que consideraron que podían brindar alguna pista, un dato, una

brizna de esperanza que les llevara hasta el lugar en donde, tal vez, podrían encontrarles. Todo fue, sin embargo, en vano. Por eso en tu viaje pasás junto a ellas cuando están sentadas a la orilla del camino, totalmente desmanteladas interiormente, decepcionadas del mundo, sin las ilusiones que alguna vez estructuraron su corazón, dieron brillo a su mirada, permitieron que anduviera más rápido la sangre en las arterias. El viaje, en este caso, es un recorrido que te permite descubrir tu lado oscuro, el que llevás siempre sin que se vea, sin que la gente lo detecte y sin que vos misma sepás que lo portás en tu persona. No sos (cuando las ves acurrucadas con los pies metidos en la acequia seca) el ser de sentimientos nobles que quiere que reine la confraternidad entre los hombres y tiene fe en la humanidad que le rodea (una fe un tanto estúpida, a contrapelo de todas las evidencias que apuntan en una dirección completamente opuesta). Todo lo contrario: es cuando descubrís en vos un insaciable deseo de venganza pública que te reconviene con tus más fuertes e inconfesables impulsos primigenios. No querés saber solamente quiénes causaron los estragos que las llevaron a quedar paralizadas a un costado del camino; vás más allá: quisieras escarmentarles ejemplarizantemente (aunque en rigor el ejemplo que pueda tener para otros te tenga sin cuidado), de formas que les causen un dolor equivalente, una desviación de su conducta similar al de las mujeres apartadas que se encuentran a un lado del camino, una humillación permanente que no les permita levantar cabeza, un desasosiego y una angustia similar al que no les deja dormir con tranquilidad a ellas. Imaginás (una y otra vez) de diversas formas el encuentro con ellos (y decís ellos y no ellas porque estás seguro que los causantes de todo han sido machos desmadrados inmersos en una vorágine oscura), el descubrimiento de los verdugos, el hallazgo final de los que ahora se esconden y que en la clandestinidad en la que pululan no se arrepienten de absolutamente nada y justifican su conducta con argumentos procaces y primitivos.

Quisieras dejar de ser la viajera que retorna a los sitios en donde están las pústulas y alejarte en otra dirección, con otro rumbo. Hay quienes te aconsejan el olvido (hay también quienes intentan imponerlo): para que considerés lo pasado un capítulo cerrado. Y, en cierta forma, quisieras mas no podés: hacés los intentos pertinentes (tapias, bloqueas, cerrás boquetes) pero siempre hay algo que desencadena nuevamente, que suelta las amarras. Sos la aguafiestas, la que echa a perder el viaje hacia adelante, la que se amarra piedras en el cuello y se deja arrastrar a lo más hondo, la que paga el boleto de ida y se olvida después que hay regreso. Sentada en la oscuridad, con el billete del retorno apretujado entre los dedos, ves sobre el hombro el bacanal en el que participan casi todos, en donde se abrazan los antiguos enemigos (se besan, procaces, en la boca, se soban los bigotes húmedos) mientras te llaman a gritos que te acerqués, que qué hacés sentada viendo hacia el pasado, que soltés la foto que tenés entre las manos y vayás a abrazarlos uno a uno, a todos, para que sean como hermanos que se quieren mucho. Un coro de retrasados mentales ameniza desde las cornisas y a sus espaldas otros escriben diatribas (que publican en pequeños pasquines a colores) en donde se arrepienten de todo lo que hasta entonces hicieron, satanizan a sus antiguos camaradas y dan las claves secretas que permiten descifrar los algoritmos que guardaban la entrada a las logias otrora secretas que los protegían (precariamente, es cierto) a todos.

Quedás exhausta después de cada uno de estos viajes, con las pupilas reseca por el polvo, con acidez en las comisuras de los labios, con la idea fija que la vida carece de sentido, con una enorme falta de confianza en todos y un deseo creciente de ocultarte a la vista de los que te rodean. Es entonces cuando hacés planes de alejarte para siempre, de perderte en los bosques tropicales cuyas fronteras atisbás en la cresta de los montes volcánicos que rodean el valle en donde vivís ahora, de guardar prolongados silencios y desentenderte totalmente de los avatares que te llevan a ocupar un sitio entre hom-

bres y mujeres. Cae sobre vos un cansancio prolongado, extenuante, opaco, que apenas permite que levantés la cabeza para ver en derredor lo que sucede. Ganada por el escepticismo, la desidia y la indolencia, con los órganos internos y las arterias tensas, vas retomando lentamente los hábitos cotidianos (el sostén diario de la vida), los gestos que te identifican, los rasgos que te perfilan, los elementos que te arman y estructuran y permiten que te insertés en el engranaje del sentido. Lentamente recuperarás el apetito, el acostumbrado palpito del pulso, la curiosidad por el mundo circundante que va emergiendo ante tus ojos liberados de la bruma del hastío; las voces y las risas empiezan a llegar a tus oídos, van tomando forma, identidad, perfiles propios y empezás a reconocer rostros cercanos, formas de caminar, timbres de voz, maneras de apoyar la mano en la rodilla.

No tenés más que una vida y ésta no te alcanza para perdonar lo que te han hecho: para rumiar tu odio, tu deseo de venganza, para vivir regodeada en el dolor que no se acaba. Si existe Dios en algún sitio (en el cielo, en las montañas, en todas partes como dicen que se encuentra), si él quiere la comprensión y los perdones, sabiendo de tu ira, de tu dolor, del profundo odio que han provocado y crece en tus entrañas, sabiendo de lo inconmensurablemente humano de todo lo que en vos existe ahora (y que te ahoga), no podría hacer más que darte otra vida (y otra, y otra) para que fueras aplacándote de a poco, lentamente, imperceptiblemente, reconciliándote hasta que pudieras imaginarlos como iguales, hasta que pudieras comprenderlos para después (tal vez) perdonarlos.



TUS VIAJES AL SILENCIO

Conozco de tu predilección por el silencio porque he visto tu

alegría cuando encontrás un remanso en el que no se escucha la estridencia de la radio, los gritos estentóreos del vecino, los bocinazos agudos, las burdas risotadas, los motores bramando en la autopista y los chillidos de las llantas que los imbéciles dejan marcadas en la vía. En él te hundís, con él te arropás con el mismo placer que se tiene cuando se encuentra la cobija de la infancia y es tu cerco, tu muralla, el escudo protector que te permite descansar del atropello, de la vorágine, de la ansiedad que te rodea. Cuando te vas en el silencio (y se deslizan tus ojos por las cosas sin que reparés en los detalles) sé que debo cerrar las ventanas y las puertas, apagar los aparatos y caminar de puntillas por la casa para que podás encontrar el rumbo que buscabas, los asideros del camino, los puntos axiales en donde se cruzan las rutas que te llevan a rincones lejanos del planeta.

Después de esas escapadas silenciosas (cuando los que te ven sin conocerte creen que dormís o que estás enajenada) volvés con algo indescifrable en la mirada, llena (al parecer), pletórica, con los ojos luminosos reflejando aún los riscos, los pasajes, los despeñaderos, las playas luminosas por donde anduviste caminando, en donde diste rienda suelta a tus deseos y pudiste cambiar el panorama en función del antojo que tuvieras. Cansada (acezante a veces, o lánguida) regresás al lugar donde habitamos, al sitio que se te antoja insulso después de haber andado por tantas y tan diversas partes. Ves en derredor y vas reconociendo lentamente todo, se te va aclarando el mundo

poco a poco: reparás en los utensilios (la taza de té que dejé para vos sobre la mesa y que se ha enfriado, el pequeño bollo con jalea que preparé para tu cena, la cuchara para diluir el azúcar que te endulza la boca), en los adornos, en los libros y en los muebles: pequeñas señales que dejo en torno tuyo para que tengás presente que te amo.

Te movés en silencio a través de los hemisferios gemelos del cerebro, pasás de un lado a otro, saltás, esquivás los obstáculos que te aparecen en la ruta y escogés los paisajes, los escenarios, los espacios en donde querés quedarte, en donde recalás o te instalás por algún tiempo (nunca muy largo realmente, porque tenés que volver tarde o temprano) para recorrer los vericuetos, los pasadizos, los túneles o los senderos que llevan a los lugares secretos, ocultos, herméticos que se encuentran escondidos o que, simplemente, estaban ahí sin que antes repararas en ellos. Sin embargo yo sé que todos son lugares contruados, imaginados: necesitás crear esos rincones solitarios y silenciosos que solamente vos hollás con tus pisadas, en donde sólo tu respiración se hace presente y donde no hay nadie que imponga su presencia. Yo imagino el entresijo acaracolado, laberíntico que lleva a esos sitios. Y lo conozco porque sé que uno de tus nombres secretos es, precisamente, Laberinto, y que sólo lo usás cuando te embarcás en el silencio y salís a recorrer los estrambóticos corredores en donde nada es verdad ni mentira, en donde el principio es fin y el fin te lleva, de nuevo, al lugar donde empezaste. Con el nombre Laberinto inscrito en la mirada, llevándolo de estandarte que te precede en avanzada vas abriendo una brecha que se cierra totalmente detrás tuyo confundiendo a cualquiera que osara seguirte. Discretamente se escucha susurrar tu nombre mientras avanzás entre la niebla: “Laberinto, Laberinto” -se oye- acompañado por el ruido que hacen tus pisadas por el sendero que recorrés vos sola.

Sé lo que te cuesta encontrar los sitios del silencio (que es tu vía, tu camino, el ducto por el que te vas y te alejás de nuestro lado). Acá,

en donde estamos ahora, en este lugar carente (casi) de pasado humano, nuevo, recién estrenado por la historia de los hombres, en donde nos rodea el bosque primitivo, el canto de los pájaros azules, el graznido de las guacamayas, los chillidos de los monos encontrás el ámbito deseado. Huís, por eso, de las grandes ciudades, de las aglomeraciones urbanas que han erigido sus cimientos en donde antes estuvieron otros asentamientos humanos, en donde se levantaron las paredes de las casas sobre los muros de antiguas murallas (o en el espacio en donde se prendía el fuego o se circulaba por calles empedradas). Ahí no podés encontrar silencio: hay un griterío sordo de telón de fondo, estallidos, llantos, se cantan himnos y (a veces) se pueden escuchar claramente las proclamas, los discursos, la lectura de los bandos en las esquinas de las calles espetados por voces estentóreas y crispadas. Es evidente que ahí no hay silencio, que en medio del vocinglero se te pierde el hilo, que te aturde la maraña en la que se hunden los años sobre los que estás parada, las maromas que arman las catervas de hombres marchando hacia el futuro para terminar en vos, exactamente en vos que sos la cúspide de todo, el punto final, la avanzada última del desfile de la historia. En esas crestas de ola no encontrás al silencio: no existe en Roma, en Maguncia, en la inmensa Ciudad de México o en Atenas, inhóspitas ciudades que diluyen tu silencio volviéndolo inocuo, intrascendente, prescindible (accesorio y superfluo) en medio del caos alucinante que todo lo desdibuja y lo relativiza. Por eso estás acá, en este lugar que para la mayoría es el rincón último del mundo en el que se asentarían, en donde morirían de aburrimiento los asistentes a las conferencias, los asiduos frequentadores de los centros nocturnos de diversión y baile, aquellos que no dejan que se les pase ninguna inauguración o evento. Acá morirían de hastío los que necesitan conversar todas las tardes con alguien frente a una eterna taza de café negro, y los que peregrinan de bar en bar todas las noches. Pero vos, arrebujaada en tu sillón, frente a los ventanales que dan al prado que termina en la cortina vegetal de

la selva, viendo soplar el viento en el verano, escuchando los aguace-
ros del invierno estás en el lugar exacto, en el punto nodal, en la pie-
dra de toque, en el centro mismo del nudo gordiano.

Sé exactamente lo que debo darte cuando tus ojos vagan sin dete-
nerse por las cosas: silencio. Te lo doy, te ayudo a construirlo, a ar-
marlo lentamente como quitando briznas adheridas a un abrigo de
lana hasta que todo queda limpio y claro. Yo, humilde porteador de
pedacitos de silencio, de pequeños trozos de quietud, acarreador de
diminutos espacios de tiempo sin voráGINE vengo y los postro a tus
pies como homenaje, como muestra de cariño, como ofrenda. Para
mí no quiero nada más que tu silencio, la certeza de que estás viajan-
do, de que has podido despegar y te has ido abandonándome a mí,
que soy quien está a tu lado siempre, el que está pendiente de tus
gestos, de tus necesidades, de tus gustos, el que cuida del cuerpo que
dejás postrado mientras estás viajando (abandonado él también: de-
jado al garete sin timonel ni vela); soy yo quien lo arropa para que no
pierda el calor que necesita, quien lo arrulla para que no esté desam-
parado y el que vela porque nadie se acerque y aproveche el momen-
to de indefensión en que se encuentra. Tengo, además, la plena segu-
ridad de tu retorno; sé de tu necesidad del viaje, del punzante apre-
mio que sentís por irte, pero sé también del cansancio que te invade
una vez que te saciaste dando vueltas, del hastío que sentís luego de
un tiempo de andar aventada por el mundo. Y sobre todo sé (tengo la
más prístina certeza) de lo necesario que soy para tu vida, del lugar
central que ocupó y del candente deseo que tenés de verme, de
abrazarme, de volver para que estemos juntos. Sé por eso que tus via-
jes son de ida con regreso, que ya no son un deambular errante como
antes cuando no tenías ancla, punto de referencia, cobijo como el que
yo te proporciono cuando estás de vuelta. Ahora sabés que yo te es-
pero, que al volver tenés quién te pregunte, quién te arrope, alguien a
quien tu ausencia no le es indiferente (como puede serlo para otros)
y que aguarda tu decisión de retornar para integrarte de nuevo a la

rutina diaria en donde estoy yo acuerpándote, tratando de protegerte (de las pequeñas y las grandes envidias, de los horizontes estrechos, de las ambiciones mezquinas). Soy también (y sobre todo) el guardián fiel de tu silencio, el protector de sus fronteras, el bastión donde se estrellan las estridencias del mundo en que vivimos, la muralla que lo rodea, que le cuida las espaldas cuando no tenés posibilidad de defenderlo porque estás absorta viendo hacia las concavidades del silencio. Por todo eso sé de tu retorno hasta mi abrazo y de las largas sesiones que vendrán después, cuando hayás vuelto. Sentados el uno frente al otro (o vos con la cabeza apoyada en mi pecho) relatarás, cavilarás, recordarás lo hecho y compartirás conmigo las reflexiones que el nuevo viaje ha motivado y los sentimientos que surgieron. Un largo soliloquio se deslizará desde tu boca hasta mi pecho, fluirá transparente y cristalino, refulgirá con la luz escasa que alumbraba el sitio en donde iniciás tus viajes. Inundado con tu voz, seducido por tus cuentos, envuelto en tus historias recorreré contigo tu camino, volveré sobre tus pasos, viajaré yo también (guiado) por las rutas que vos ya recorriste, que ya conocés porque has sido vos la cartógrafa inventora, la que dibuja sobre el papel en blanco y la que le pone nombre a lo que mira (golfos, alturas, bahías, arrecifes), la que describe los cetáceos, los mamíferos terrestres, las aves que pasan graznando sobre el bajel chirriante que te va llevando, lentamente, hacia la línea que se ve en el horizonte. Acompañándote conozco nuevos mundos y aprendo la forma como se nombran las cosas descubiertas, los sistemas de clasificación y ordenamiento necesarios para que después no se transformen en un indescifrable caos, en una aglomeración de nombres, en un montón de palabras una vez que se alejan del referente que les da sentido. Te tengo de timonel, de vigía, de exploradora de avanzada de universos que se van creando a nuestro paso, que no existen unos centímetros más allá de nuestra última zancada y que tu voz va dibujando sin respiro haciendo brotar de la nada que nos rodea a ambos. Febril y alucinada vas abriendo el cami-

no por donde nos vamos desplazando, la brecha, el sendero, la trocha en medio de la espesura oscura que nos rodea a ambos; iluminadas tus pupilas van enfocando al frente, hacia donde debemos pisar, hacia lo que tenemos que evitar, sortear, esquivar o fijar en la memoria para después tratar de recordarlo y reconstruirlo, cuando estemos de vuelta descansando del vagabundeo al que tu imaginación nos tiene sometidos. Agotados peregrinos, desharrapados romeros a las catedrales construidas a propósito sólo para que nosotros recorramos los caminos que nos llevan hasta las plazas y los atrios desde donde se puede contemplar sin obstáculos las fachadas monumentales, los campanarios transformados en minaretes, las cúpulas refulgentes al sol, las escalinatas que ascienden hacia el ofertorio. Marcado por tu mirada (tierna, arropadora, indulgente) cada paso mío es vigilado por tu solícita mirada que no me deja solo ni un instante, atenta como está a mis tropiezos, a mis vacilaciones, a los tanteos con los que voy descubriendo el entorno que se me ofrece desde el torrente que bulle de tu boca; mirada enrumbadora, certificadora, correctora (brújula, veleta, luz intermitente en lo alto de una torre), bastón que permite tantear en derredor las cosas. Llevado de tu mano voy y vengo, regreso, vuelvo al sitio en donde nos espera el sosiego que ha dejado el silencio en el que hemos viajado juntos.



CON EL VIAJANTE MAYOR

El Viajante Mayor habita en una casa pajarera a la que se llega a

través de interminables peldaños sombreados por un bambú finísimo movido por el viento. Desde las ventanas que dan hacia el Este se contemplan las estribaciones de los volcanes, las extensas plantaciones de café, las manchas de la selva que es mantenida a raya en las cumbres de los cerros más altos y, a veces, cuando el día es claro y no hay bruma, el mar (a lo lejos), como una línea que apenas se adivina en la hondonada por donde el valle intermontano se precipita hacia la costa lujuriosa en donde crecen naturales la palmeras, los mangos, los zapotes, las guanábanas de carne blanca. Allí se ha aposentado el errante al que ahora me refiero, aquel al que has visitado tantas veces, con el que conversás, al que escuchás mientras sorbés el té que te ofrece en las tazas de porcelana traídas de la China, con quien compartís el vino (que te mandan desde lejos) en las tardes calurosas de marzo o de abril, cuando el bochorno se torna insoportable después de la una de la tarde. Lentamente subís hacia las precarias torres en donde él se mueve a sus anchas, en donde guarda los tesoros que acumuló en sus giras, los abalorios oxidados con los años, los recuerdos que le anclan al tiempo en que transitaba sin ataduras por el mundo. Allí conociste los papalotes de Shangai (hechos con papeles transparentes), las marionetas de sombras de Pekín, las telas bordadas de Bolivia, las máscaras del Cusco, las fotografías (desteñidas) de su paso fugaz por Yugoslavia. Contra las paredes infladas por la humedad están pegados los grabados de Durero y los dibujos de Da Vinci que fue recolectando al paso por los interminables museos de

Florenia y de la Alemania separada (en los tiempos en que él la recorría). Desde las costas del Tirreno trajo (hasta depositar en unos frascos transparentes) guijarros que alguna vez hollaron los etruscos al embarcarse para cruzar el mar Mediterráneo, y en frascos similares (de colores) guarda esencias olorosas de la India (de Delhi, la ciudad norteña en donde viajó en bicicleta por sus calles). Rodeado como está por los trofeos, va desgranando en el atardecer los cuentos que le trae la memoria: el viaje sobre los montes Himalaya, un recorrido larguísimo en el tren transiberiano, la visita a un emperador destronado que ejercía de jardinero cuando estuvo con él en las afueras de la Ciudad Sagrada.

Vos escuchás callada, atenta, respetuosa, conocedora de los sentimientos que evocan los recuerdos, de la nostalgia que nace de los sitios que se asocian a una etapa de la vida, a una cierta forma de ser, a un determinado estado del cuerpo, a unas expectativas. Te veo calladamente emocionada (lo delata la casi imperceptible dilatación de tus fosas nasales, la mirada fija con la que seguís las peripecias que te cuenta, la tensión expresada en el fruncimiento de la comisura de los labios), te veo expectante, contenta, a gusto. Estás con quien podés compartir placeres, una cierta calidad al ver las cosas, las sutilezas que solamente el trotar con sensibilidad el mundo proporciona. Veo que podés establecer un vínculo secreto con quien nos habla, trenzar una ligazón estrecha, aproximarte (con una intimidad inédita que pocas veces te he conocido antes) y gozar el compartir con alguien la similitud de la mirada. Una felicidad tranquila y plena brota por cada uno de los poros de tu cuerpo. Noto el regocijo que te embarga, percibo la plenitud que estás sintiendo, identifico la euforia en las cosas (pocas) que van saliendo de tu boca. El conversar sobre el viaje te transforma, te alegra, te ubica en una situación deseada, ansiadamente buscada, escrupulosamente planeada. El viaje te restituye a tu esencia (la que se ha ido quedando oculta en algún sitio de tu alma), la destapa, la saca a la luz y deja que rijá hasta los más nimios actos

volitivos de tu vida. Sos feliz dejando florecer ese núcleo central que posee (e irradia) una parte importante del sentido de tu vida. Por eso el escuchar las historias que te cuenta otro viajante te completa, te termina de armar, te proporciona trozos que te faltaban. Te veo, pues, rearmarte enfrente mío, reordenarte, reencontrarte ante la oportunidad que tenés de asociarte a la idea del viaje, del movimiento, del desplazamiento hacia rumbos que por sí mismos no valen (lo que vale es su inscripción en un circuito).

Con la misma docilidad con la que antes me dejé llevar por los senderos que recorrés en el silencio ahora comparto con vos esa alegría. Me alegra la pasión que te despierta estar junto al viajante mayor de todos, la actitud alerta con la que recibís sus cuentos, el profundo respeto con el que tomás las opiniones que vierte sobre las cosas que fue encontrando en su camino. Me llena de satisfacción tu plenitud, el equilibrio que adivino en tu mirada, la serenidad que trasuntás sentada conversando con él que te lleva de la mano y te guía, como antes hiciste vos conmigo. Siendo guiada (no siendo guía), llevada (no llevando), despojada de la tensión que debés generar cuando sos vos la responsable del camino, la que lleva sobre sus hombros la obligación de estar alerta (de poner atención en los escollos, en los imprevistos, en los posible peligros que pueden acechar en cualquier parte), laxa y distendida te entregás con el cuello abandonado hacia la espalda. Entre los párpados entrecerrados veo relucir tus dos pupilas verdes que siguen los accidentes de un camino que es el Viajante Mayor quien te presenta y que sos vos quien lo recorre de su mano. Volás con él en un bimotor plateado, sos sacudida por la tormenta en lo más alto de las cumbres de las montañas más empinadas del planeta, escuchás crujir las chapas del fuselaje y el acezante roncar de los motores que son utilizados al máximo para intentar salir del infierno aéreo en que se encuentran. Con él trasladás el equipaje hacia la puerta trasera por donde es arrojado todo con tal de aliviar la carga y juntos (también) llegan hasta el punto final del viaje, a la pista que se extiende en las

estribaciones orientales de los altos montes, en las planicies doradas por el sol que cae, en el atardecer, sobre una ciudad de provincia que tiene como contrafuerte las alturas en donde estuvieron (ambos) a punto de perderse para siempre. Has estado con él en el país de los birmanos, lugar en donde aún permanecía (entonces) intacto el bosque tropical lluvioso, en donde se levantaban en agosto los monzones que barrían con las costas tropicales y desgastaban las torres erigidas con piedras arrastradas por los ríos. Recorrieron juntos los espacios sagrados pletóricos de gatos, saturados con el acre olor de sus orines, y vieron (desde lejos) el templo en donde las serpientes se enroscaban libres, atraídas por los tazones pletóricos de leche y que vos rechazaste con la repulsión ancestral que te generan esos bichos viperinos. Amor, yo he estado junto a vos cuando el Viajante Mayor de todos te llevó de la mano por las estepas heladas que desembocan en el mar del Japón, cuando descendieron por el río Amarillo y se encauzaron por el canal más largo de la Tierra, el mismo que ahora quedará cubierto por las aguas inundando más allá de sus riberas; desde la baranda de un pequeño bajel de vela cuadrada viste desfilar las orillas arboladas con los sauces (esos árboles que tantas cosas te evocaron siempre), los búfalos de agua calmando la sed del medio día, a las mujeres lavando la ropa familiar de la semana. Hubo un punto en donde el viajante que fungía con vos de guía hizo detener el bote y señaló el lugar en donde Mao se dejó llevar por la corriente río abajo, como una pequeña ballena blanca con pelo negro en el cogote, rodeado de decenas de asustados funcionarios que querían sostenerlo para que no se hundiera, para que no le pasara absolutamente nada que pudiera luego achacársele a cualquiera de ellos. A su lado viste deslizarse las aguas que a ratos se turbaban con pequeños remolinos y te fuiste imaginando todas esas cosas que te estaba relatando el guía, el baquiano, el hombre brújula que había asumido obligaciones contigo: las de mostrarte, hacer que repararas en detalles, informar sobre los

acontecimientos que habían sucedido en los lugares que estaban recorriendo.

Acá, sentados los tres en las estribaciones de los volcanes dormidos hace varios cientos de años, respirando un aire que a veces se llena con el aroma de las orquídeas florecidas, mientras atardece en un abril cercano al fin del siglo veinte, aquel al que en esta relación yo identifico como al mayor de los viajeros (el de la casa pajarera, el que pobló con imágenes de Da Vinci las paredes, el que sirve el té con que convida a sus amigos en la losa que trajo de la China) entra de pronto en el silencio, se aposenta en la quietud y espera (creo) a que los pájaros se posen en la copa de las gravíleas florecidas. Estoy seguro que sigue recordando, que algún rostro (una sonrisa, unos ojos) surgieron de pronto en su memoria y él no pudo más que callar y sorprenderse ante el milagro, ante la inusitada e intempestiva irrupción que lo turbura. Nosotros comprendemos su silencio, el abrupto corte de la historia, su ausencia que de pronto se impone en el convivio dejando el espacio circundante como pendiente de un hilo, en suspenso, expectante, como una gota a punto de caer que se desprende lentamente del alero. A vos te deja en el vacío, a la mitad de un paso, siguiendo la dirección que te marcaba con su dedo señalando hacia un lugar, un detalle, un horizonte que quería remarcarte para que no olvidaras. Dejada al garete, esfumada la visión, desaparecido el espejismo en el que te había sumergido, volvés lentamente a la terraza en la que estamos los tres sentados, a la plataforma volcánica que nos sirve de soporte, a este estrecho puente exuberante que a veces nos sofoca de tanta exudación de plantas. Azorada, turbada, sorprendida te ves de pronto sentada en una silla frente al panorama que se ofrece desde el lugar en donde estamos. Ha terminado el viaje en el que andabas, el que te habían inventado para vos sola, el que construyó el Viajante Mayor para halagarte, para quedar bien contigo sabedor de tus gustos, de tus debilidades, del tipo de sensibilidad tuya tan evidente para alguien que, como él, ha limado y formado la suya a través

de los años y los desplazamientos. Ambos se encuentran ahora al lado mío, están quietos en las sillas de madera desde las cuales partieron hace un rato a recorrer la Tierra. Y yo, pequeño testigo, agradecido observador de su aventura, me apresuro a verter el té en cada una de las tazas, a cortar en tajadas el queso blanco, a esparcir sobre el pan la olorosa mermelada de guayaba. Solícito y atento ofrezco las viandas preparadas, ordeno los cubiertos, aproximo los utensilios, exhorto al consumo de los bocados que me parecen más apetitosos. Pienso que se debe reconfortar a los viajeros, restituirles su energía, apoyarlos, insuflarles aliento a través del alimento (del brebaje del té, del pan saturado con azúcares, del queso graso) y traducirles el canturreo que me han hecho crecer en algún lugar del alma al idioma de los gestos generosos y de los ademanes tiernos. Ellos no me ven, no ponen atención al ronroneo con el que los envuelvo lentamente. Ambos continúan extasiados (tal vez solamente están cansados) con la mirada lánguida perdida en puntos distantes al lugar en donde estamos. Por eso debo extremar mis atenciones, la solícita preparación de los modestos manjares que comemos, la reiterada intención de que se fijen en lo que se encuentra sobre la mesa para ellos. Cualquiera que me viera desde lejos (un observador curioso que no supiera las circunstancias que rodean a la reunión que mira) podría pensar que los embauco, que intento (zalamero) convencerlos para que hagan algo que sólo a mí conviene o que (por alguna razón que desde lejos no comprende) me muestro lacayuno porque les debo algo, tal es la actitud solícita que ostento. No me interesa en absoluto lo que otros, ajenos al círculo del viaje, piensen. Yo me siento un elegido, un ser puesto en un lugar en donde ocurren cosas especiales y quiero mostrar de alguna forma lo agradecido que me siento, la alegría que me embarga, la conciencia que tengo del sitio especial en que me encuentro. Por eso los rodeo, los agasajo, los atiendo: porque soy un polizón, un pasajero sin billete en los paseos por el mundo que ellos organizan, un testigo de sus aventuras, un excepcional compañero

clandestino que anoto, que llevo la bitácora del viaje para que no se pierda nada, para que después se sepa lo que ha pasado, los lugares por donde anduvieron, lo que sintieron, lo que acaeció con ellos en los más recónditos rincones del planeta Tierra por donde pasaron en sus viajes. Aunque nadie dice nada de esto y nadie certifica nunca nada del papel que juego en esta trilogía, yo sé que ellos saben de la importancia de lo que estoy haciendo. Existe, por lo tanto, un pacto tácito entre todos y yo puedo viajar con ellos, estar en lugares por mí nunca imaginados, participar en los avatares y los percances que a ellos les suceden. Pero sólo como testigo, como certificador, como escritor de memorias, como contable que enumera, ubica, clarifica y concluye dándole sentido al caos en el que estuvieron sumergidos mientras viajaban (sin fijarse en mí, que estaba a su lado escribiendo).

Scriptorium

COMO VOS, LOS AMIGOS VIENEN DE LEJOS

De lejos vienen tus amigos. Todos han llegado para juntarse

acá, en donde se encuentran recalando ahora, y no estuvieron juntos siempre. Cuando a veces hacés el recuento de los sitios de donde proviene cada uno y los ves a todos celebrando juntos (riendo, abrazándose amorosos), o contándose las cosas que les pasan cuando no están juntos, te parece como que así hubiese sido siempre, que crecieron en la misma cuadra, que son del mismo barrio, que todos tienen recuerdos de la infancia compartidos, anécdotas de amigos, de novias, de noches de jolgorio y alegría. Pareciera, al verlos juntos en tu casa (en el saloncito de madera en donde también guardás tus libros), que se conocen desde siempre, que no podrían estar los unos sin los otros y que se reúnen solamente para certificar que todo eso es cierto, indiscutible, diáfano.

Pero no es así, todos lo sabemos.

Desde los más distantes puntos cardinales fue llegando cada uno, de las esquinas más lejanas se aproximaron hasta encontrarse (sin querer) en este sitio del que algunos ni siquiera el nombre habían escuchado. Unos supieron de su destino apenas unas horas antes de partir e irse del lugar que creyeron que habitarían siempre. Otros tropezaron por casualidad con los guijarros de estas playas, con sus caminos vecinales (empinados, estrechos y arbolados), con los paupérrimos pueblos enclavados en los montes, con los altozanos en donde gotea el techo de los árboles sobre la cabeza. Pero todos se queda-

ron, cada uno por razones diferentes y sintiendo (sobre todo al principio) la nostalgia del lugar de donde provenían. Se aposentaron, armaron un cubil con su familia, un lugar con rescoldos que les daba calor de madrugada y les hizo sentir seguridad aún de noche. Los pocos trebejos que traían los fueron colocando en los rincones; los trajeron arrastrando, los cuidaron en cada lugar en donde debieron recalar hasta llegar al lugar en donde, al final, se aposentaron. Traían pocas cosas en las manos: unas cuantas prendas, algunos pocos libros, dos o tres fotos y pare de contar sobre las cosas que pudieron cargar cuando partieron. Cuando se fueron desde un puerto o una estación y atravesaron la frontera y vieron que se quedaban los rincones, los trillos que siempre recorrieron (las casas, los vecinos que veían todas las mañanas), cuando se dieron cuenta que se iban lloraron con los dientes apretados: tus amigos, amor, fueron viajeros obligados; esos a quienes ves reír en el cuartito de madera en donde guardás los libros salieron a empellones, fueron movidos de los nichos que ocupaban (en donde algunos habían estado muchos años). Echados hacia afuera de la que hasta entonces fue su patria quedaron en el aire muchas cosas (digamos: afectos, sustento, relaciones, referencias y costumbres) y se sintieron suspendidos en el aire, entre paréntesis (además de vejados, atropellados y ofendidos), como viviendo para mientras. Fue así como bajaron de los aeroplanos: con sus maletas amarradas con mecates, sudados, despeinados y asustados; hubo quienes llevaban de la mano a los hijos chicos y tenían como apoyo a algún adolescente. A ellos los viste también después, pasados muchos años, olvidados del lugar de donde provenían, con amigos y recuerdos que los anclaban a la nueva tierra.

Tus amigos llegaron en oleadas y se fueron guareciendo de la lluvia en las casas de algunos conocidos; pasaron meses buscando en qué ocuparse, tocaron puertas, sonrieron, tuvieron que escuchar discursos, peroratas, largas disquisiciones de enfatuados lameculos y empezarlo todo desde abajo. Mientras tanto vos aún no los conocías,

estabas (como siempre) tratando de encontrarte con vos misma, buscándote (decías), recorriendo veredas que llevaban a nuevos entresijos, a nuevas dudas, a nuevos motivos que te obligaban a ponerte en el camino. Te encontraste con ellos así como también pudiste no haberlos encontrado. Mas para ello cambiaron importantes cosas en tu vida: dejaste (por lo menos por un tiempo) de vagar sin mayor concierto por el mundo, te asentaste, construiste una casa, conseguiste un empleo, empezaste a leer el diario de mañana y tuviste vecinos estables todo el tiempo.

Entonces los conociste.

A cada uno lo encontraste en una esquina diferente, en habitáculos distintos, en situaciones disímiles. Yo sé, amor (querida mía), que tenías deseos de encontrarlos, de armarte una pandilla, una turba propia, un grupo que te diera sensación de pertenencia. Por eso los fuiste encontrando a todos: porque era el momento preciso que estaba destinado para ello. Y luego los juntaste en el cuartito de madera en donde están tus libros y les diste lo mejor que tenías a la mano: tu cariño, tus sonrisas, tus atenciones, la retentiva de los gustos de cada uno. Lograste por fin, después de tanto tiempo, conformar un grupo de cercanos que resultó ser una especie de espejo de tu vida: andarines, desenfadados, comprometidos con causas y utopías en las que nadie creía desde hacía mucho tiempo.

Es eso lo que tanto te gusta.

Con ellos podés compartir miradas, puntos de vista, una cierta distancia ante las cosas que inmediatamente los rodean. Por eso cuando están todos juntos ríen, se abrazan, se regalan cosas (pequeñas, baratas o hechas con sus propias manos) y beben licores que han sido destilados especialmente para ocasiones como esas (de almendras, de albaricoque, de ciruelas negras, de la caña de azúcar de los campos caribeños).

¡Ah, tus amigos!

Amantes de la parranda, soñadores inagotables, creadores maravillosos, vividores de la vida. Subidos en los altozanos de sus casas contemplan el panorama desde las ventanas estrechas de las buhardillas que han construido. En la quietud de ciertos rincones que han sabido agenciarse repasan los libros más queridos hoja por hoja, acariciando los lomos de las ediciones más bellas (esas que han sido hechas con cariño, con sabiduría, con conocimiento del oficio), oliendo el aroma que sale cuando se da vuelta a cada una de las páginas. Tus amigos saben lo que es poder acceder a esas cosas sencillas pero raras en un mundo desbocado por el lujo.

Por eso es que a veces se pierden de vista por largas temporadas.

Algunos se van a recorrer, de nuevo, el mundo, o a certificar de su existencia al lugar de donde originalmente vienen; otros se encierran tristes a pensar en las cosas que han dejado o a repasar los caminos transitados. Se ausentan, desaparecen, no dan muestras de vida y a vos te hace falta estar con ellos por un rato, oír su voz asegurando que también sos importante para ellos. Pero son tercos, defienden esos espacios que han podido construir con esfuerzos a veces denodados y se pertrechan en un mutismo a veces infranqueable. Entonces te veo reclamando, discutiendo con vos misma sobre la probidad de los afectos y la necesidad de volver a ese destino errante que tenés interrumpido. Tu insatisfacción perenne aflora, el incorfomismo con todo lo que te rodea, tu desajuste, los roces, las esquinas escoriantes, la incomodidad con vos y con el mundo. Se tornan largos para mí los días escuchando los quejidos que proferías de nuestro entorno, el rosario de lamentos, la lista interminable de defectos que encontrás en todo. Paciente, no me queda más que esperar a que todo vuelva a los cauces anteriores: que unos salgan del mutismo, otros regresen de sus giras y otros más arreglen su vida cotidiana. Lenta-

mente asoman la cabeza en la entrada del cubil en donde estaban guarecidos y otros traen en las pestañas las visiones de los caminos recorridos. Así se te va recomponiendo otra vez la vida, se te vuelven a ordenar los sentimientos, se te apaciguan los rencores que empezaban a florecerte adentro y volvés a elucubrar sobre las cosas que les gustan, a idear sorpresas agradables, momentos de alegría.

Vos y tus amigos (gesticulantes, gritones, querendones y nostálgicos) recuestan la cabeza sobre mi hombro cuando llega la hora del cansancio y se van quedando, lentamente, sin el elán con el que armaron la trifulca hedónica del baile. Vos y tus amigos: parvada revoloteante que se eleva en al atardecer del siglo, tropel desinhibido, enjambre, rincón caliente del planeta.

Scriptorium

VIAJE A AUTOPIA

Reiteradamente te has marchado de mi lado sin siquiera avisar

de la partida. Sé (me lo han contado los que te conocieron antes) que siempre te fuiste de improviso, sin dar señales que hicieran presentir que te marchabas, que ibas a caminar por un sendero nuevo, por otra brecha. Es hermoso verte (a pesar del abandono en que me sumo) inventar destinos, tránsitos, lugares, espacios en dónde expandirte y dejar en libertad esos deseos del desamarre, del desenclaustré, tu ánimo de abandonar los pequeños habitáculos de tu vida cotidiana, de olvidarte de las pequeñas trampas en las que vas cayendo y que te enredan poco a poco hasta ahogarte.

Yo te he visto construir países, continentes, parajes, moradas y rincones en los que acomodás lo que llevás cargando, ir inventando a cada paso las cosas necesarias con las cuales poblarlos para sentirte cómoda, a tus anchas, expansiva y movediza. Cuando en las noches, mientras conversamos de las cosas sucedidas en el día, siento de pronto que no escuchás lo que te digo, que me he quedado solo hilvanando los pormenores, las peripecias, los accidentes cotidianos, es porque se está gestando en vos una partida, un nuevo viaje: estás armando otro itinerario (distinto a los que recorriste en otras circunstancias), pensando en otras rutas para perderte por un tiempo (aunque sea por minutos o segundos). Es así como lográs sobrevivir a la lisura del entorno, a la reiteración de las acciones, a la aburrida secuencia de las cosas. Es el hastío el que te empuja, no necesariamente la necesidad del movimiento sino la opacidad de la existencia (la har-

tura y el cansancio). Y yo, parte de tu entorno, esquina próxima del universo, compartidor con vos de cosas tan vitales como el aire, los vegetales del almuerzo, la almohada, la cobija que nos tapa por las noches, me instalo en la impotencia de no poder proponer, de no poder inventar, de no poder imaginar otras formas de vida que te gusten, que te sean agradables, interesantes, estimulantes, menos provocadoras de la huida, de la necesidad de ver para otra parte, de volver el rostro hacia otros rumbos. Soy incapaz de sostenerte, de satisfacer los deseos que te punzan, de ofrecerte un paisaje diferente, de (aunque sea) armar un tinglado que te engañe y que te alivie, una visión distinta a lo que tanto te cansa y te obnubila la mirada. Vuelta inaprensible te me escurrís entre los dedos, evaporada te disipás ante mis ojos que te siguen hasta llegar a la frontera, al límite que nos separa y que te avienta hacia adelante, hacia la transgresión del mundo en que habitamos juntos, en donde estamos instalados, organizados, asentados para escarnio de tu sed de vuelo, de cambio constante y repetido.

Pero también a veces estos viajes imaginarios tuyos los compartís conmigo y juntos construimos escenarios, discurrimos sobre lugares a los que les otorgamos atributos que nos permitirían la felicidad suprema, tranquilidad de espíritu, atmósferas perfectas para sentarnos y proponer ideas hermosas, atrevidas, punzantes o conmovedoras.

Sos vos (la inconforme, la intranquila, la constantemente crítica con su entorno) la que inicia siempre la marcha en la que nos embarcamos ambos; sos la que sugiere, la que crea, la que incita, la que provoca y empuja hacia adelante, hacia el perfilamiento del contorno de las cosas (los edificios, las estancias, los parajes) en donde vamos despacio, paulatinamente, depositando la proyección de nuestros sueños, de nuestros anhelos y deseos (algunos largamente acariciados), los que hemos compartido e inventado juntos a través de los

años, en las más diversas circunstancias, en los más disímiles lugares, con las más variadas compañías.

Somos duchos en esto de inventarnos escenarios; hemos aprendido pequeñas artimañas, adquirido hábitos, desarrollado habilidades que nos allanan el camino. Como humildes, amorosos y atentos artesanos (diestros en la confección de los detalles), demoramos el peregrinaje que nos aproxima lentamente a nuestro punto de arribo que se va contorneando entre la bruma de la charla, de las palabras, de las frases, de los sonidos y los gestos. Con vocación de peregrinos nos detenemos a la vera del camino, invocamos a por agua de beber, escuchamos el canto de los pájaros, el tránsito de las golondrinas o apuramos el paso para llegar a alguna cresta antes que el sol se ponga tras de ella. Con paso demorado repasamos los detalles de la senda, los mismos por los que hemos pasado muchas veces aunque sin cansarnos nunca, porque siempre descubrimos (creamos, inventamos) uno nuevo, aristas o facetas diferentes. Se trata de inventar el mundo, de pensar en formas inéditas de vida en lugares especiales no existentes, de proyectarnos hacia afuera de nosotros.

De todo eso no queda más que el placer de armar rompecabezas, la sensación de habernos movido, de haber crecido más allá de los estrechos límites que nos rodean día a día. Imaginándonos en otros sitios podemos proyectarnos, entendernos perfectos y felices (sanos, fuertes, hermosos, alegres, amorosos, optimistas, generosos). En nuestros sueños crecemos y avanzamos, acumulamos experiencia, ganamos en sabiduría sin los achaques que nos llegan con los años, sin dolores en el cuerpo, sin sufrir contusiones en el alma. Vivimos en ciudades luminosas y limpias, con calles arboladas y parques, y alamedas, y hermosos monumentos.

Nosotros, habitantes de una esquina pobre y olvidada del planeta, ciudadanos de segunda del mundo, indefensos pululantes de las ba-

rriadas más pobres de la Tierra soñamos con aceras espaciosas, con la puntualidad, con máquinas silenciosas que alivianen el trabajo, con aprovechar mejor las horas del día y de la noche para menesteres más cercanos a nuestras pequeñas ambiciones. Ahí depositamos nuestras menudas añoranzas, nuestros afanes, algunos de nuestros mejores sueños. Sabemos, sin embargo, de la dificultad de ir más allá de los viajes imaginarios: por siglos nos han atemperado el ánimo cada vez que hemos querido remozarnos, cambiarnos, ser de otra manera a como somos. Hemos sido perseguidos y vilipendiados, nos han orillado (más aún de lo que ya estamos) y hemos recibido fuertes escarmientos. Nos quedan por lo tanto, amor, los traslados imaginarios, la construcción de escenarios en sitios inexpugnables a salvo del malón de los guardianes del orden. Atrincherados en este nuestro último reducto de libertad vemos pasar trepidante y avorazado, engreído y chillón el mundo que nos rodea. Es un alivio tener una tronera en donde guarecerse del escándalo, de los oropeles, de las luces enceguecedoras que no permiten la llegada pacífica de la noche, la tranquilidad de los sentidos, el relajamiento de los músculos y los tendones.

En el torreón-guarida (cubil, nido, alero, cobijo, nicho) estamos al abrigo, protegidos, a salvo, fuera de peligro, alejados de los campos de batalla en donde alguna vez estuvimos iracundos, prestos a transformar el mundo. Pertenece a la estirpe de los vencidos, somos los derrotados de estos tiempos. Nuestros sueños no hacen sino mostrar nuestra incapacidad de cambiar lo que nos rodea, muestra desnuda nuestra imposibilidad de soportarnos desvalidos, aturdidos por la derrota, desorientados, angustiados, solos y tristes. Nuestro retiro a los torreones que dominan la planicie desde lejos, sólo son puntos de apoyo para viajar desde ahí a lugares contruidos por artificio de la mente, en vez de mostrarnos creativos, vigorosos y pujantes, evidencia la invalidez que nos detiene, el aturdimiento que nos domina, la postración en la que estamos. No somos más que peque-

ños animales abatidos, dejados olvidados en la inmensidad de la pradera (en los linderos del bosque). Seremos pasto de la minúscula voracidad de las hormigas.

Scriptorium

POR LOS GRANDES RÍOS

En las orillas de los grandes ríos (el Amazonas, el Mississippi, el

Rin, el Nilo, el Yang Tse Kiang) esperan cientos, a veces miles de personas para ser transportadas en barcazas, en vapores o en pequeños botes tallados en el tronco de los árboles. Las grandes arterias sostienen, flotando sobre su superficie, los frágiles artefactos humanos contruidos a propósito para surcar las aguas. En los puertos fluviales se les ve llegar lentamente, abriendo con su quilla la frente húmeda del río mientras sobre la popa los niños se asoman tratando de detectar los peces, las serpientes acuáticas o, simplemente, viendo cómo se desparrama la espuma por los costados de la nave. En la cubierta sopla el viento siempre, así haga calor o haga frío, mueve el cabello de las niñas, revuelve los vestidos largos de las mujeres, lanza al vuelo los sombreros, las cosas ligeras mal afianzadas entre los bultos y bártulos que lleva en los viajes la gente que se mueve.

Vos también recorriste ríos caudalosos cuando eras bastante más imberbe e inexperta, cuando sentías que tenías toda la vida por delante. Desde la baranda de un vapor blanco te despediste de algunos de los amigos más queridos agitando la mano hasta cuando ya no los veías porque se habían internado en los callejones del puerto en donde se habían separado. El río para vos era una cuna, un susurro cercano, un horizonte familiar y diario sin el cual no concebías la vida que pasaba. Nunca lo asociaste con el viaje, con el traslado que encerraba en su fluido diario, perenne, constante. Era para vos una presencia, una orilla a dónde ir cuando estabas triste y, siendo como es inmenso,

un horizonte en donde dejar que se perdiera la mirada, un espacio que permitía que te creciera la nostalgia, un corredor por donde penetraba el viento. Cuando te conocí me hablaste de la orilla en donde habías vivido, de la forma como habían ido construyendo dársenas, muelles, atracaderos en donde calafateaban las naves que se iban oxidando, o cambiaban las maderas que con el tiempo habían accedido a la pudrición ligosa. Recuerdo las tardes caminando juntos y yo oyéndote explicar cómo se construyen los andamios desde los que cuelgan los pintores que ponen los nombres de los barcos: *María Celeste*, *Reina de los Mares*, *Olimpia*, *Cristoforo Columbus*, y de los viejos bares del puerto que aún conservan (puestos en un lugar al que no corresponden) los antiguos mascarones de proa de los viejos navíos que ya no navegaban. Yo imaginaba todo desde una estrecha visión intermontana, altiplana, remilga al tránsito, introvertida; tenía imágenes armadas a partir de lo que vi en el cine de mi barrio (pobre, pulguiento y sucio) de marineros borrachos, putas alegres y el sonido de las sirenas de las naves que partían en el fondo. Veía tu puerto en blanco y negro, lleno de acentos extranjeros, gritón, con el agua de los albañales corriendo en mitad de la vereda y una juerga continua (mañana, tarde y noche). No podía imaginar el río inmenso que lame sus orillas, las manchas de aceite flotando tornasoles, los brazos de las grúas, los rieles de los trenes, los hangares gigantescos en donde se apilan los envíos que llegan de todos los rincones del planeta. Tu río era más grande que mi imaginación estrecha, más ancho, más caudaloso, más cantado y mencionado de lo que yo podía imaginar sin verlo. A su vera florecen urbes de dimensiones planetarias, entran y salen los transatlánticos que se siente cómodos en la anchura que les ofrece el río.

Qué iba yo a imaginar un lugar de tanto tránsito si mi único río era un estero caluroso por donde apenas transitaban los cayucos, las pequeñas barcas con tres o cuatro tablas desde donde, sentados, sacábamos las manos para que nos las mojara el agua. En los días cumbres

del verano (en febrero o marzo, por ejemplo), cuando los padres dormitaban al mediodía, saltaban las mojarras, las camaronas preñadas y volaban lentamente, en círculo, las aves marinas en el cielo. Con los pies metidos en sus aguas tibias veía yo pasar la corriente que arrastraba hojas y espuma, o las flores amarillas de los mangles que iban a parar a las orillas o se perdían en las turbulencia de la barra donde se juntaba el mar con su corriente. En mi estero no navegaban barcos, no se oían las sirenas de los buques alejándose ni existía el ajetreo de la carga y la descarga, los gritos de los estibadores alentándose. Hube de moverme, de alejarme, de viajar hasta la orilla en donde transcurrió tu infancia, ir hasta el sitio en donde estaban tus recuerdos más queridos para encontrarme con esa parte de tu memoria que a mí me era tan distante, tan lejana, tan ajena. De pié en la orilla del muelle, con las hijas de la mano, me fuiste contando cómo entraba hasta tu cuarto el ulular de las sirenas, la brisa salobre que se metía en los laberintos de la ciudad, de cómo chocaba con las cornisas neoclásicas, los frontispicios, las gárgolas, las pesadas puertas de madera. Yo miraba en tus ojos la nostalgia de tu infancia a la que asociabas con ese rumor del océano entreverado con las hojas de los árboles, y sentí dolor por haberte alejado de ese aire salitroso, del graznido de las gaviotas, del agua fría del Atlántico. Desde entonces tuve el peso de tu nostalgia en mis espaldas, de tu desazón por estar encerrada entre montañas, de tu desacostumbramiento al valle que se veía desde la ventana suroeste de la casa. Para vos la vida estaba en ese lugar en donde todo era fugaz porque venía y se iba, llegaba y zarpaba soltando las amarras y dejándose llevar por la corriente y no en el lugar en el que yo te convencí que te afincaras (después de recorrer el mundo juntos). Desde acá se avista, a veces, en donde el valle desciende hacia la costa, una tenue línea azul que insinúa el mar en donde sospechás que existen puertos como el tuyo. Te he sorprendido varias veces viendo hacia ese punto, ensimismada abstraerte del entorno mientras tus ojos se esfuerzan por captar algún detalle, al-

guna huella, un desnivel del horizonte que te anuncie lo que estás buscando. Yo sé, porque he vivido entre montañas siempre, pegado a los volcanes, a los lagos de altura, que es imposible cumplir con tu deseo; está lejos el mar, los ríos caudalosos que permiten que naveguen los buques por su lomo. Aquí, en esta cintura terrestre sólo existen los que bajan despeñándose entre riscos, atormentados, pegando abruptamente contra las paredes perpendiculares eternamente húmedas, permanentemente verdes y ligosas, siempre regadas por la llovizna que provoca el embate de las olas furibundas, o por la lluvia que cae furiosa, en goterones, atronadora, sobre los helechos gigantes. Estos ríos abruptos es todo lo que tengo para darte a cambio del tuyo ancho como un mar, profundo, lleno de peces grandes y mansos que pueden ser atrapados en los amaneceres apacibles. En estos despeñaderos los animales acuáticos se mueven compulsivamente, sincopados, entre los resquicios dejados por las rocas, para ganarle a la corriente que los lleva arrastrados hacia abajo. Estos son los ríos a los que te puedo brindar acceso en estas alturas ventosas, húmedas y frías a las que te he traído. En ellos perviven, entre el limo que se amontona en las orillas de las pozas o en los pequeños recodos que se forman tras las piedras, los rastros de la vida primigenia, las huellas de los lagartos, de los helechos gigantes, de las esporas prehistóricas que volaron desde las alturas en donde florecían hasta quedar atrapadas, marcadas, impresas en el lodo. En las pequeñas profundidades acuáticas, en algún remanso del agua transparente que se despeña, es posible atisbar las lajas marcadas casi imperceptiblemente, los pequeños trillos por donde se arrastraron los bichos de donde provenimos todos, nuestros antecesores, los reptantes antepasados de la especie. Bajo el agua aguardan para ser descubiertos nuestros recuerdos, el subconsciente de la tribu, las reminiscencias perdidas en la insondabilidad del tiempo. Ahí están, impertérritas, las señales de nuestras propias manos, de nuestros pies y nuestros dien-

tes, el cuño de nuestras vértebras como eran cuando aún no caminábamos erguidos.

Sentados a la vera de los pequeños torrentes enfurecidos, a la sombra de las hojas gigantes que protegen a los pobres de la lluvia en el invierno, rememoramos en silencio las corrientes de agua que se han atravesado en nuestra vida: el Somes, el Danubio, el Rin, el Amazonas, el De La Plata, el Reventazón, el Motagua, el Guaire, los pequeños riachuelos por los que desagua el lago Xolotlán en el Océano Pacífico. En medio del humedal perenne de las altas montañas tropicales recordamos los dos o tres atardeceres que vimos en el pequeño malecón de la Nueva Palmira, la risa de las hijas chapoteando entre las aguas turbias, las voces de los muchachos jugando a la raqueta al otro lado de la calle y el humo de los barcos que salían, tras un recodo, cargados de minerales rumbo al mar aún lejano a esas alturas del río. En nuestro recuerdo no importa el ancho, el largo o la profundidad de las corrientes acuáticas, la importancia central que pueden haber tenido en la construcción de las grandes civilizaciones, la posibilidad que tengan de acoger a grandes o pequeñas embarcaciones. Para nosotros, seres marginados por los grandes titulares de la prensa, lo importante está en los detalles que se hilvanan a nuestras pequeñas biografías: las risas cristalinas de las hijas reverberando en el aire de la tarde, nuestros paseos de la mano, el viento agitándote el cabello en la rambla de tu ciudad amable. Más allá de estos pequeños retazos no hay más que las historias de los libros, los datos de las enciclopedias, los grandes relatos (adocenados en las bibliotecas públicas, en los claustros de los monasterios y las universidades) que no son sino ecos lejanos, resonancias de voces extrañas en las paredes vacías de estancias ajenas a nosotros. Nuestro mundo no llega a tocar los faldones de la historia, y cada uno de nuestros sentimientos se refieren solamente a nosotros mismos y a quienes, cercanos, nos importan. Por eso no podemos hablar sino de nuestros ríos, aquellos en cuyas orillas

transcurrieron momentos importantes para nosotros, en donde tejimos una parte del entramado de nuestras insignificantes vidas

Scriptorium

LAS PALABRAS Y LOS NOMBRES

En tu cabeza resonaban nombres sonoros que habías escuchado en la escuela o leído en algún atlas de los que había en la biblioteca de tu padre. En el mapamundi ubicaste algunos (Samarcanda, por ejemplo) pero otros no te fue dado localizarlos nunca. Más tarde supiste que era imposible encontrarlos porque no eran lugares (ni ciudades o puertos, ríos o montañas); nombres como Tutankamon, Netzahualcóyotl, girondino o amapola. Como faros las palabras te guiaron, te orientaron, te indicaron caminos para que te fueras acercando a ellas hasta que podías tocarlas, explorar lo que decían, sentir las vibraciones del aire en donde se pronunciaban tal como ellas eran y no como sonaban con tu acento extranjero y deformante. Atrás de cada una de ellas había universos que estaban esperando a que vos los descubrieras, a que fijaras tu atención en ellos; para mientras permanecían congelados, estáticos, fijos en un recodo de la historia de los hombres en el que eran ignorados todos los triunfos, las conquistas, las glorias que le dieron sentido a la vida de gente perdida, ahora, en la noche de los tiempos.

Desde pequeña hojeaste los grandes diccionarios, los tomos de las enciclopedias en donde se explica el significado de los vocablos y las palabras que nombran las cosas del mundo circundante. Al principio accediste a los libros ilustrados con dibujos que apenas esbozaban los contornos o lo más elemental de las figuras. Más tarde, con el tiempo, aparecieron los libros iluminados con grandes diseños coloreados, fotografías brillantes, diagramas detallados de ciudades, campos de

batalla, laberintos internos de templos y edificios. Absorta en su contemplación, pasando despacio cada hoja descubriste nombres que se grabaron para siempre en tu memoria, y que empezaron a resonar (y a rebotar sus ecos) en tu cerebro. Frecuentemente te detenías en alguna palabra y la releías, la pronunciabas en voz baja con diferentes entonaciones (prolongando alguna sílaba, acentuando alguna letra) y dejabas que te evocara imágenes que se encontraban escondidas en algún pliegue interno tuyo, en un doblez, en un pequeño rincón oscuro en donde estaban acomodadas y olvidadas aparentemente para siempre. Sacadas de su letargo, perfiladas paulatinamente, despacio, poco a poco, iban surgiendo pequeños universos que no eran más que eslabones de cadenas de recuerdos que tenías arrumbados. Fue así como iniciaste algunos de los más fascinantes de tus viajes: a través de partes tuyas que ya no conocías, que habías olvidado y que ahora mirabas con los ojos del que se ha distanciado en el espacio o en el tiempo. Los caminos descubiertos de esta forma nunca fueron abiertos, claros o expeditos; eran como un aroma que llega a través del sueño sin que se pueda decir exactamente de qué olor se trata, a qué remite o de dónde viene. Eran como luces distantes o ladridos lejanos en la noche: tenues referencias, señales equívocas que podían ser falsas o verdaderas, reales o imaginadas, equivocaciones, inventos o deseos. Otros nombres y palabras te gustaban simplemente por la forma como se entrelazaban sus letras, la cadencia de sus sílabas o la sonoridad de sus vocales; las repetías varias veces, entonando la voz, enronqueciéndola, dándole ampulosidad, dejándolas caer y levantándolas de tal forma que pudieras oírlas martillando, deslizándose o trepando por el aire. Sola, concentrada, introvertida, ensimismada en tus descubrimientos pasabas las horas con los ojos fijos en un libro que cualquiera diría que leías, mientras que tú lo que hacías era desplazarte por un laberinto de palabras que nombraban musicalmente al mundo. De adolescente te tacharon de tímida, pasiva y reclusa sin que supieran que eras vos la más ágil, la que más se movía,

la menos quieta de todos, la que nunca paraba en ninguna parte, la que estaba siempre conociendo, la que corría los mayores riesgos y accedía a los placeres más ignotos. Nada en vos fue nunca sedentario, estable o predecible: siempre estuviste alejada, distanciada aunque los demás te vieran y te creyeran quieta. Vos supiste encontrar la forma de dejarlos sin que se dieran cuenta, para que no sintieran que te eran insuficientes, limitados, parcos para tus requerimientos, para no herirlos pensando que no podían darte lo que vos necesitabas. En las palabras encontraste los conductos (los túneles, los pasillos, los caminos) por donde pudiste escapar de la chatura que a veces te ahogaba. Una evasión -dirían algunos- que eran para vos las palabras y los nombres o, más precisamente, la lectura, porque ellos no sabían que para vos la trama, la noticia, e relato era lo menos importante. "*Ella lee para evadirse*" habrán dicho quienes te veían absorta frente aun libro, una revista o un pasquín cualquiera encontrado en el asiento de autobús del que recién bajabas, sin sospechar siquiera que no tenías la menor idea del mensaje que quería transmitirte el texto que no abandonabas. Te interesaban solamente las palabras y los nombres, las evocaciones que surgían de las letras que habían sido puestas juntas, una al lado de la otra, ordenadas de tal forma que sonaran como cántaros vacíos, como tambores, como campanas del altiplano.

No son muchas las palabras que te atraen. Aparecen de improviso (sin que las estés buscando), abruptamente en medio de una frase, al final de un párrafo o formando parte del titular de una noticia. No existe regla alguna en relación a su existencia o al lugar en donde se encuentran ubicadas. Hay, sí, textos en los que ellas son más abundantes, textos ricos, densos, profundos en palabras y en nombres que inmediatamente te capturan, frenan tu mirada que se pasea por los renglones apretujados en donde, a veces, se dicen cosas vanas a pesar de la rotundez y la belleza de las palabras. Pero una vez encontradas en el equívoco laberinto de los caracteres, cuando han sido detectadas, demarcadas, extraídas y gustadas con el oído, ya no habrá

manera de que vuelvan a ser palabras intrascendentes (una más entre las otras), o vanas, o clandestinas: serán para siempre palabras escogidas entre los cientos de miles que existen en los textos que circulan profusamente por el mundo. Depuradas de la suciedad que entraña el lugar donde se encuentran, de la estupidez de los textos en donde habitan, las palabras y los nombres brillan con luz propia, radiantemente, y suenan haciendo vibrar el aire alrededor de tu boca que las dice. A partir de ellas iniciás la construcción, el entramado, la retícula en la que encuentran su verdadero significado, el justo, el certero, el apropiado. Solamente en donde vos las insertás alcanzan la plenitud esas palabras, porque en ella son ubicadas en el lugar idóneo para el que fueron creadas. Encontrado su sentido último, verdadero, cierto, solamente resta decirlas lentamente con el tono grave de tu voz por la mañana para que se transformen en el puente que buscás para irte. Los que te oyen sólo atinan a captar palabras dichas sin concierto, repetidas obstinadamente, deshilvanadas. Preocupados por encontrarle un sentido que justifique tu discurso en el reino de los cuerdos tejen explicaciones, inventan causas y razones (que nunca te consultan) sobre el porqué de tu aparentemente disparatado recitar modulado de palabras incoherentemente entrelazadas, mientras sonrían condescendientes oyéndote en tu letanía, y refuerzan las convicciones que explican tu marginalidad del mundo de ellos. Sola, aislada de los que te ven sin comprenderte, tenés el espacio suficiente para armar tus juegos preferidos sin que nadie te interrumpa, con libertad para elevar la voz y balancearla, dejarla deslizar, frenarla, tirarla o estirla según los deseos que te invadan.

Jugando con las palabras te vas alejando hasta perderte de vista. Y pronunciándolas volvés de nuevo



LAS PAUSAS Y LOS DESCANSOS

Como en toda acción humana, necesitás tener momentos de descanso, espacios de pausa, períodos para reponer las fuerzas y pensar sobre lo que has visto. La tensión en tu rostro anuncia cuando se aproxima alguna de esas pausas que son, también, largas jornadas de ensimismamiento, remansos melancólicos, laxitudes sosegadas y lentas. Cuando llegan te movés con el sello del atemperamiento en cada uno de tus gestos, mientras buscás distraídamente los cambios que pueden haberse sucedido durante tu prolongada ausencia. La casa, sin embargo, no muda en su apariencia. Es esa inmutabilidad, precisamente, lo que te permite mantener ese destino de traslado perpetuo en el que estás sumida. Ella es tu piedra de toque, tu punto de referencia, el refugio que te permite seguir viajando. Es el cordón umbilical que te alimenta, el eje alrededor del cual vivís la ilusión del vuelo.

Yo estoy, querida mía, en el centro de ese punto de equilibrio; de pie, solitario, desamparado a veces pero siempre en medio de todo lo que te permite correr y desbocarte. Yo soy la luz pequeña y titilante que te orienta hacia el lugar en donde están las cosas importantes. Soy quien en tu ausencia mantiene el orden de las cosas, quien se encarga de mantener el ritmo cotidiano, de quitar las telarañas, dar brillo a los cubiertos y sacar el polvo que se acumula en los rincones. Soy yo quien mantiene prístina la casa, quien prende la lumbre al atardecer cuando afuera llueve y corren los torrentes de agua por los ríos. Yo mantengo las cosas en su sitio y permito que la vida se deslice imperturbable mientras imagino tus peripecias, tus aventuras y los ries-

gos a los que te ves expuesta. Imaginando tu cansancio en el retorno acomodo el colchón en donde descansarás el cuerpo; pensando en tus piernas doloridas caliento y vierto agua en los tientos plateados que he comprado para remojarlas y aliviarlas. Caliento la casa pensando en tu cansancio y logro (con dificultad a veces) que las mañanas sean silenciosas para que podás dormir y levantarte tarde, casi al final de la mañana.

Es en tu ausencia cuando siento que me crece el deseo de halagarte, cuando trabajo sin descanso con el único fin de complacerte a tu regreso. Mientras estás lejos te pienso sin defectos y resalto de vos lo que me gusta, los rasgos que me atraen, el perfil que prefiero de tu rostro. Estando sin vos me regodeo en tu recuerdo y te perdono de lo que deba perdonarte; y todo porque cuando estás lejos nos comprendemos mutuamente, y vos me escuchás y asentís con la cabeza mientras yo te voy diciendo mis razones, las mismas que me saldrán atropelladamente cuando te las diga frente a frente.

En tu ausencia preparo tu holganza pues en eso soy especialista. He pulido una y mil formas de descanso, de hacer efectiva la pereza, de no hacer nada sin remordimiento ni pesos de conciencia. Al principio haraganeé tranquilamente, sin darme ni siquiera cuenta que me estaba haciendo especialista. No fue sino hasta que conocí tu trajinar y tu constante movimiento, su ansiedad por estar haciendo siempre algo que adquirí la lucidez de mi forma de ser sobre la Tierra. Eso es lo que te ofrezco siempre a tu retorno, ese es mi regalo, la muestra fehaciente que te quiero: el ocio, el descanso, la pausa que enriquece y reconforta y permite pensar tranquilamente, sin apremios ni presiones que oscurezcan las ideas, los sentimientos, las imágenes que llegan y bullen cuando se está tranquilo descansando.

Yo te veo llegar ajetreada y acezante con el sosiego perdido, bañada en el sudor que provoca tu constante caminata, tu ir y venir, el

movimiento (las subidas y bajadas), y sé que necesitás la pausa para encontrar de nuevo el rumbo, ver más allá del horizonte. Sólo yo puedo ofrecerte el lugar para el balance, para la reflexión que le otorga de nuevo sentido a tu existencia errante y movediza. Por eso preparo concienzudamente todo cuando intuyo que estás por regresar a casa: apresto el ritual de la llegada y acomodo el espacio del descanso, seguro como estoy de tus necesidades íntimas, conocedor de tus desasosiegos, de tus aspiraciones más arduamente perseguidas. Me ofrezco como remanso, recodo, como lugar que recoge y deja descansar el zumo. Soy el lugar de la floresta en donde reposa segura la Amazona después de la batalla.

Soy un lento animal paquidérmico, hipopotámico, un pesado y rebotante cuerpo que se solaza viéndote pasar y que sólo se encuentra con vos cuando, de pronto, hacés un alto en el camino. Ahí mi lentitud se encuentra con tu trayectoria y la recibe cobijándola, calentándole las aristas del cuerpo enfriadas por el viento del trayecto. Mi cuerpo te recibe suavemente porque está presto a recibirte, porque se ha preparado concienzudamente para servir como punto de llegada, como amortiguador de ruidos y estridencias. Yo lo cultivo en esa dirección porque sé el papel para el cual estoy predestinado. Conozco para lo que he nacido, el destino que me toca; he descubierto así el sentido de las cosas que hago y que me gustan. Esa es la causa de mi calma, de la satisfacción que decís que a veces dejo traslucir a través del brillo de los ojos. No hay intranquilidad circundante que me conmueva ni diatriba que me penetre. Me aburren los discursos que me llaman a cambiar de rumbo; aborrezco a quienes tratan de seducirme para que modifique mis hábitos sedentarios. Muévanse ellos. Yo permaneceré construyendo mi papel de punto de llegada, de pulidor del sitio de reposo. Aléjense de mí los que pretenden ubicarme en ámbitos distintos al que he ido construyendo con paciencia y disciplina; yo continuaré de guardián del sitio del descanso, de preparador del lugar de tu llegada.

Compenetrado de mi papel y entendido mi destino, realizo con placer y exactitud las tareas cotidianas. Desde el momento que despertado fijo mi atención en los menesteres que me esperan a través de la jornada; tengo establecidas de antemano las prioridades de lo que he de hacer a través del día. En ellas ocupan el lugar central los arreglos para acondicionar el lugar de arribo. Hago listas (separadas) de lo que tengo que acarrear hasta la casa para llenar la despensa, aprovisionar los baños y acicalar el ambiente. Paso horas enteras elaborándolas para evitar que algo quede por fuera; echado sobre la cama o sentado en el sofá blanco de la sala las repaso, una y otra vez, mientras imagino los usos y placeres que se asocian a cada cosa que anoto: los jabones olorosos, los aliños que te gustan, pequeños obsequios que te ofrezco cotidianamente para encender las pequeñas hogueras que calientan tu corazón en el descanso. Recorro despacio las estanterías de los almacenes y las tiendas e imagino cómo utilizaré cada una de las cosas que voy juntando. La preparación de nuestro encuentro abre vías que se deslizan hacia el interior de lo que rodea mi pequeña vida cotidiana. Desde ellas logro ver los paisajes que te encontrarás recorriendo y te acompaño aunque no me mueva para ningún lado. La imaginación de lo que pasará más tarde es el único viaje personal que me permito, el único camino que recorro sólo (aunque lo haga con vos en la cabeza). No pretendo viajar más, moverme hacia otras partes, desplazarme buscando otros sitios. Ubicarme de antemano en el lugar en donde nos encontraremos, imaginarnos juntos y sospechar tu satisfacción con las cosas que preparo es el único desplazamiento similar al tuyo que hago. No estoy hecho para el viaje ni encuentro placer en andar husmeando por el mundo.

Mi único viaje se queda en el útero receptor que me cobija que es la casa. En ella realizo el gozo tranquilo al que soy adepto, encuentro la calma que me gusta, la parsimonia a la que estoy acostumbrado. Sólo

en su tranquilidad, en la conocida rutina diaria encuentro espacio para nuestros encuentros pues sé que es ahí donde tendrás que coincidir conmigo. La casa es el terreno en el que yo tengo el dominio, en donde me muevo a mi anchas sin tropiezos y sé con seguridad lo que debo hacer en cada caso. La actitud dubitativa que me caracteriza desaparece cuando estoy en el coto cerrado de la casa; es ahí donde te espero, seguro que lo que hago es lo que realmente debo hacer para cuando nos encontremos.

Contento con mi destino sedentario tengo el sosiego necesario para gozar con los atardeceres plácidos que se ven desde el corredor oeste de la casa; en mi lento discurrir identifico los olores de la floración de las orquídeas, la mutación de los colores en los troncos de los árboles, el cambio en el pelaje de los gatos. Yo no viajo, amor, yo no me muevo: es el mundo el que transcurre al lado mío mutando y cambiándose el ropaje, con vos que pasás con él como cometa, como bólido fugaz que todo lo ilumina.



RUMBO PERDIDO

Afortunadamente estoy yo para detenerte en tu camino, para

que podás sopesar de vez en cuando el rumbo que lleva tu constante movimiento. A veces también sirvo de faro porque perdés el rumbo. Entonces quedás desconcertada y toda tu seguridad se esfuma. Seguíis andando por el impulso que llevabas, por inercia, por el empujón inicial que te propina tu necesidad de constante empuje; pero equivocás el rumbo, ya no sabés hacia dónde vas a ciencia cierta. Así has ido a parar a los países más lejanos, a rincones apartados del planeta ajenos a nuestro universo, extraños incluso para vos, acostumbrada como estás a encontrarte cotidianamente con lo nuevo. Yo, desde el sitio fijo que ocupo bajo las estrellas, veo cómo te alejás teniendo claro el punto final de tu camino.

A veces, sin embargo, me llegan tus señales. Entonces sé que debo acudir para ayudarte: a recogerte (si caíste), a orientarte (si no sabés el rumbo), para acompañarte (si de pronto te sentiste sola). Hay pocas cosas que te plazcan tanto como saber que siempre estoy presto a auxiliarte. Te sentís segura, respaldada, protegida, a salvo estando yo de centinela en el portón en donde empieza el camino por donde has partido. Aunque estático, soy el punto nodal donde confluyen todos tus caminos, tus andanzas; yo soy la intersección central en donde se definen los puntos cardinales (el norte, el sur, el este y el oeste) y por eso sé la dirección exacta hacia donde partís en cada uno de tus viajes. Por eso es que soy llamado y se me pide auxilio: porque soy en quien se tiene depositado el norte, la dirección, el rumbo. Quieto en

el cruce de los senderos tengo el privilegio de aleccionarte sobre la dirección que has de tomar en lo que sigue. No lo hago por mi voluntad o mi albedrío. Lo hago sabiendo tus deseos, tus necesidades, tus aspiraciones más sentidas; así es como construyo los itinerarios, como determino la dirección de tus andanzas. Mal haría atribuyéndome la potestad de decir hacia dónde has de partir en cada caso. Soy solamente el cajón de resonancia de tus más caros anhelos, el concientizador de tus deseos más ocultos, de lo que no decís porque no sabés cómo expresarlo. Y aún así, habiendo sido orientada (dirigida, aconsejada), a veces extraviás el rumbo y quedás desconcertada en algún cruce, en una esquina, en algún lugar en donde es difícil encontrar referencias del camino.

No tengo más que volver la vista y verte. Sólo yo sé leer las equívocas señales con las que pedís ayuda; nadie más sabe descifrarlas, identificar la ambigüedad de tus mensajes. Soy el único lector que te comprende, quien conoce el código con el que se escriben, el portador de las claves que develan el sentido. Toda mi capacidad deriva de nuestra vida juntos; no soy un erudito que conoce tu corazón a través del lente de los libros; tampoco sé de tus deseos porque haya aplicado la observación consciente. Simplemente he compartido mi vida con la tuya. Es lo que me permite saber la intimidad de tus deseos, identificarlos y orientarlos, aún cuando no hayan cristalizado en tu voluntad expresa. Es así como llego y digo sobre el rumbo (oriento, dirijo, indico) con la seguridad propia de quien sabe lo que hace: puesto en el lugar en donde estás varada o teo (venteando el envolvente entorno) para poder tomar con precisión la decisión que te conviene; diagnostico la humedad, el viento, la densidad del aire; asiento los pies sobre el terreno para poder sopesar la resistencia ante tu paso y después decido. Entonces soy inexorable y señalo exactamente el rumbo por el que debés partir pues te conviene. Es parte del papel al que estoy predestinado: no debo vacilar cuando digo por donde deberás marchar en adelante. Mi duda te sería transmitida y saldrías du-

bitativa, incierta, propensa a quedar nuevamente atascada en cualquier parte. La seguridad que yo transmita te será crucial, necesaria, imprescindible para que podás seguir deambulando en el entorno.

Todo forma parte de un plan previamente establecido; cada uno sabe exactamente el papel que le toca jugar a cada paso, los gestos que le corresponden, las palabras que debe recitar en el momento exacto. Esto es una aceitada maquinaria en la que nada falla, en la que los dos sabemos de antemano cuáles son las etapas por las que estamos transitando. Después de haberlo practicado tanto nos sabemos de memoria el parlamento, la impostación de voz que se precisa, los gestos que acompañan la intervención que se haga. Tus viajes ensamblan en un plan que los dos hemos pensado; son una pieza que engarza en el lugar preciso, en el sitio justo que le hemos asignado. Nómada vos, yo sedentario, debimos construir la forma de acoplarnos, encontrar el sitio que nos correspondía a cada uno en el tinglado. Carentes de referencias, ayunos de colaboración y ayuda, imberbes en tales avatares fuimos colocando lentamente la tramoya que permitiera sobrevolar la rutina cotidiana, elevarnos sobre la estrechez que nos estaba acorralando. Fue así como encontramos la fórmula de la sobrevivencia: tu libertad de vuelo, tu altura, tu permanente curiosidad por conocer las cosas y mi seguridad serena, mi sedentaria valoración atemperada del mundo circundante. Feliz hallazgo, fórmula correcta, plan maestro que permite juntar el blanco con el negro, lo alto con lo bajo, la luz de la mañana con la oscuridad de la noche en la montaña. Polos opuestos, extremos de una contradicción que parecía destinada a despeñarse en el vacío.

Es por eso que acudo presto al verte detenida. En ese momento de mí depende que las cosas sigan funcionando, que no se detenga el mecanismo, que la relojería permita que el péndulo continúe balanceándose. Sabedora que yo cumpliré a cabalidad la parte que me corresponde no volvés siquiera a ver si yo me acerco, si estoy en camino

o si no me he dado cuenta de lo que está pasando. Podés dejarte caer en ese instante pues, sin verme, sabés que llegaré a tiempo para sostenerte y evitar que te golpees. Tenés la certeza que estoy dispuesto a cumplir la parte que me corresponde porque quiero que todo siga funcionando pronta y ciertamente, como hemos logrado que funcione: enredo de intereses y necesidades, acumulación de dependencias mutuas, juego del gato y el ratón puestos de acuerdo para que ninguno salga lastimado.

Amada mía, querida golondrina desnortada, huracán perdido en medio del océano: tus ojos sorprendidos delatan a la niña extraviada justo cuando más se divertía; con el globo en una mano y el algodón de azúcar en la otra corrés entre las piernas de los que te ven indiferentes sin atinar a que te salga del pecho el grito de angustia que te ahoga. ¿Quién sufre más, querida mía: yo, que no me he movido de mi puesto, o vos, que no atinás a verme entre el barullo de gente que se mueve? Llorando entre mis brazos recuperarás lentamente la calma que perdiste. Asustados los dos nos abrazamos fuerte, juntamos nuestros rostros demudados por el susto y enlazamos nuestras manos ante el temor de separarnos. ¡Cuánta ternura siento al ver tu vestido de niña consentida ajado por el susto y las carreras!

Reencontrados, ubicada en el sitio donde te sentís segura, puesta en el camino del que te habías extraviado, vuelto todo a la normalidad de siempre y tranquilizados los ánimos que se habían exaltado puedo retornar a mi manso discurrir de siempre, volver al ovillo que abandoné para auxiliarte y olvidarme de los avatares a los que me orillo tu desubique.

EPÍLOGO

Nunca he portado los mapas que ordenan el espacio y le dan

sentido a las travesías. Eso te corresponde. Son tus ojos los faros y tus pies el andamiaje sobre el que descansa mi posibilidad de ver y entender el mundo que está más allá de la puerta de la casa. Sos quien amplía mi horizonte, quien ilumina la senda, da el paso que traspasa los linderos que conozco y se pierde en lo que no veo aunque tampoco añoro. Intranquila visitás todas las esquinas, recorres los corredores, visitas las sendas y los parajes que se esconden a la vista. Con las huellas de tu tránsito hilvanás la unión de los espacios fragmentados, acercás los extremos que se ignoran y unís los polos que se repelen. A través de tu labor de costurera permitís que se conozcan los puntos más distantes del planeta, que el rostro se encuentre con el dorso y la espalda conozca lo que está adelante. Tus viajes son los puentes que unen lo que estaba separado.

Yo te veo trajinar yendo y viniendo, alejándote y volviendo al redil en donde yo descanso, apaciento y velo por el orden de las cosas sedentarias. Ya dije que ese es mi destino, el espacio de la vida en el que me siento a gusto. Es también el lugar desde donde veo con holgura, sin preocupación ni apremio tu tránsito constante.

Yo sé que no te detendrás jamás, que seguirás caminando y circulando siempre porque ese es tu destino, como el mío es estar quieto y esperando, atento a que aparezcás en el umbral de la puerta de la casa. Somos un cuerpo ambidiestro, dos caras distintas de la misma

moneda que buscan el sentido de la vida acoplando deseos y destinos diversos.

Te veo peregrina y me solazo comprendiendo las razones que te mueven: escapar del mundo que te aburre, construir en la memoria los universos incompletos de los que quedaste prendada. Viajera en las palabras y los ríos, a través de ciudades transparentes que has ido armando en los recuerdos; alada y fulgurante, resplandeciente al sol que deslumbra a quienes te ven partir en el ocaso: amada que se va y vuelve sabiendo que la esperan siempre en el umbral del hogar que la cobija y acuna.

Scriptorium